

00605

DR. HUMBERTO BRONX

**BALDOMERO SANIN
CANO**

23



COLECCION "ACADEMIA ANTIOQUEÑA
DE HISTORIA"

928.6/
5227
g. 1

ACA
500

PROLOGO

Baldomero Sanín Cano nació en Rionegro (A.) el 27 de junio de 1861. Hizo estudios en su ciudad natal y en la Escuela Normal de Medellín, donde recibió grado de Institutor, a la edad de 19 años. Ejerció en Titiribí y en Medellín.

De esa vida se expresa él mismo así: "Recuerdo con placer los cuatro años de mi permanencia en Medellín, en la dirección de la escuela primaria a que me condenó el gobierno con una severidad que excedía sin duda las proporciones del error cometido por mí al adoptar como profesión la de la enseñanza. Era un grupo de niños pertenecientes a las clases obreras de la ciudad. Desde el primer momento experimenté ante esas criaturas la sensación de que no tenía con ellas nexos de ninguna especie. En Titiribí, mis alumnos eran mis amigos. Algunos de ellos tenían mi edad y dos o tres habían nacido antes que yo. La enseñanza había sido allí una práctica agradable, principalmente porque los alumnos, en su mayor parte, manifestaban grande interés en adquirir conocimientos. Yo me retiraba en busca de mis libros y del contacto con espíritus para los cuales no era ni un estorbo ni una amenaza. Estudiaba por entonces italiano, y el bibliotecario de la Universidad me daba a leer el Tasso, *Pélico, I Promessi Sposi*" de Manzoni. Recuerdo que la novela de Manzoni fue acaso el primer libro de imaginación que me causara una viva emoción de realidad humana y de belleza literaria. Hasta en-

tonces, Julio Verne había logrado apoderarse de mi curiosidad, no de mis sentimientos. Frecuentaba la redacción de "La Consigna", periódico semanal dirigido y escrito en su mayor parte por Fidel Cano a quien había conocido diez años antes en Rionegro, donde su padre don Joaquín, tío de mi madre. En su imprenta llegó a permitirme publicar un periodiquín a los muchachos de la Normal que a falta de nombre mas volátil intitulamos "El Eter".

"En "La Consigna" se reunían las gentes de preocupaciones literarias y de nexos con la política, un tanto agitada en esa época. Entre los más asiduos figuraba Luis Eduardo Vilegas, personaje eminente en la política y en la administración. Alto, robusto, de buen parecer, serio en su aspecto y muy cortés de maneras. Correctísimo en el hablar, se apoderaba rápidamente de la atención del auditorio. A más del derecho que era su profesión le inspiraban grande interés los estudios gramaticales, en los que llegó a merecer el elogio de Rufino J. Cuervo. Por "La Consigna" solía pasar el Dr. Manuel Uribe Angel quien escribía sobre cosas científicas. Rafael Uribe Uribe, Antonio José Restrepo, Camilo Botero Guerra pasaban a veces por aquella tertulia. Tendría Medellín unos treinta y cinco mil habitantes. Por su situación excepcional era como una isla en medio del territorio colombiano. Las montañas y las clases de caminos que las atravesaban aislaban a la capital de Antioquia de la capital de la república. Doce días empleaba el correo para cubrir el espacio entre las dos ciudades.

"Medellín estaba aislada del mundo en 1883. Eran de poco número y prominentes por eso las personas de quienes se decía que habían estado en París.

En Rionegro, entre sus doce o trece mil habitantes habría a lo sumo diez personas de quienes se supiera que habían estado en Bogotá. Ejemplares de libros publicados en Bogotá solían llegar a muy pocas personas. Recuerdo que "MARIA" de Isaacs en un solo ejemplar, pasaba de casa en casa bañado en las lágrimas del vecindario".

Después salió de Antioquia y ya vivió siempre, ó fuera del país, ó en Bogotá, o en Popayán, sobre todo en las postrimerías de su larga vida. Fue miembro de la Asamblea Nacional (1905 - 1907), Cónsul de Colombia en Londres, profesor de Castellano en la U. de Edimburgo. Residió largos años en Londres, y es de esa literatura y de la europea en general, de donde sacó su estilo, sus aficiones y sus trabajos. Fue compañero de Santiago Pérez Triana en la revista "Hispania", tan famosa por aquella época.

En 1925 llegó a Buenos Aires y allí permaneció hasta 1931. Representó al país en muchas actividades y especialmente en reuniones literarias e intelectuales. Ya anciano fue Rector de la Universidad del Cauca.

Su personalidad Literaria

Sobre la personalidad literaria de Sanín Cano, dice Rafael Maya: "Con Sanín Cano nos encontramos frente a un escritor más europeo que colombiano. Su cultura, en cierto modo cosmopolita y su prolongada permanencia en países distintos de su tierra natal, le dieron a su inteligencia sello exótico, entendiendo el término como contraposición de lo autóctono. Sólo en los últimos años de su vida se preocupó de los hombres y de los problemas colombianos; pero sus

mejores páginas críticas no nos pertenecen. Son estudios sobre escritores alemanes o ingleses o ensayos acerca de cuestiones generales de la cultura humana, que valdrían lo mismo escritos en cualquier idioma de la tierra. Es una observación que no envuelve concepto peyorativo.

“Sanín Cano introdujo a Colombia buena parte de la literatura modernista y simbolista del siglo pasado. Impuso modas intelectuales y despertó fervor casi religioso en torno de ciertos autores; difundió ampliamente las bases de la nueva estética europea, comentó libros y poetas considerados como raros entonces y divulgó la creencia de que existía radical desigualdad entre el artista y el pobre burgués. Toda esa ideología de que fueron exponentes Silva y, en cierto modo Valencia, se nutría del individualismo radical de Nietzsche, de la crítica racionalista de Renán, del aristocrático desdén de Mauricio Barrés y del subjetivismo de poetas como Hoffsmantal y Stephan George.

“¿Qué significaba todo esto? Que la tradición castellana representada en su esencia por los ilustres colaboradores del “REPERTORIO COLOMBIANO” se rompía o por lo menos declinaba, para ser reemplazada por las influencias extranjeras, principalmente por la francesa.... Intelectualmente el país rompió sus lazos espirituales con España. ¿Fue provechoso ese divorcio de España? Es verdad que, a tiempo del rompimiento, la patria de Cervantes no ofrecía sino el espectáculo de una gran decadencia, apenas interrumpida aquí y allá por el genio de unos pocos. Se desgarró pues del tronco ibérico nuestro pensamiento y comenzó a buscar incentivos y estímulos en Francia. Las cadenas de París pesaron muy dulcemente sobre los hombros de la virgen América. Sanín Cano fue el crítico de esa genera-

ción y el hombre que mejor asimiló, entre nosotros, el credo estético y filosófico del modernismo. Supo juntar al método riguroso de los críticos franceses, una buena dosis de humor británico.

“El nombre de SANIN CANO sirve de puente entre los escritores del siglo pasado y los contemporáneos y fija más o menos, el momento en que la prosa castellana en Colombia igual que el verso, se transforma fundamentalmente por medio del modernismo. Comienzan a marcarse cada vez menos las diferencias entre la prosa y el verso. ¿Quién invade a quién? ¿Qué género usurpa los derechos del otro? Indudablemente la poesía es el elemento de penetración. La prosa se vuelve lírica. El aliento poético alcanza a todos los géneros literarios y revuelve y trastorna las antiguas clasificaciones retóricas. Crítica, teatro, historia, novela y aun la ciencia son en su mayor parte poesía; o en un sentido más amplio, belleza lírica, emoción estética.

Rafael Maya da unos cuantos ejemplos: las novelas de Francis Jammes y de Azorín están cargadas de poesía. Los artículos críticos de Rodó, Andrenio y Ricardo Rojas tienen enorme cantidad de materia lírica. Las piezas teatrales de Pablo Geraldí, Juan Giroudoux y García Lorca son poesía en acción. Libros enteros de Freud y Marañón están henchidos de aliento poético. Pensadores y filósofos como Ortega y Gasset escriben largas páginas dotadas de íntima cadencia subjetiva y decoran sus abstracciones con turgentes imágenes”. (1).

(1) Rafael Maya, “Consideraciones críticas sobre la Literatura Colombiana”. Bogotá 1944, páginas 71 y siguientes.

Baldomero Sanín Cano publicó las siguientes obras: "La Civilización Manual", "La Administración Reyes" (Lausana 1909); "An Elementary Spanish Grammar" (Oxford, 1920; "Spanish Reader" (Oxford 1920); "Indagaciones e Imágenes" (1927); "Crítica y Arte" (Bogotá 1934); "De mi vida y otras vidas"; "Tipos Obras, Ideas", "Letras Colombianas" (Méjico 1944). Este libro fue el resultado de un curso de literatura Colombiana que dió en la Universidad del Cauca. Maya dice que vino a ser un esfuerzo del anciano escritor por rendir homenaje a personajes literarios colombianos, ya que lo más sustancial y abundante de su obra de crítico, no nos pertenece. En general, esta obra tiene méritos. Claro está que en exactitud histórica: fechas, datos, lugares, puestos u ocupaciones, etc., tiene muchísimos errores. El P. José J. Ortega Torres le anotó más de 430, en un artículo publicado en "Revista Javeriana", poco después de haberse conocido el libro y prueba que Baldomero Sanín se contentó con escribir de memoria lo concerniente a datos históricos y ya su edad, no obstante su apariencia física, le impedía retener con exactitud cuestiones históricas exactas. Una muestra bien clara de la importancia y seriedad de que está lleno el libro acabado de citar, no obstante sus errores históricos, es la siguiente:

"La lengua española en que se hicieron los primeros ensayos de literatura colombiana y de que los hijos de este país han seguido valiéndose para comunicarse entre sí, no es lengua indígena del continente; pero es hoy la nuestra. La lengua española tampoco es lengua indígena de España. Las lenguas que se hablaban en la península ibérica al tiempo de la conquista llevada a cabo por los romanos, no se parecían en nada

al español de nuestros días. La conquista romana hizo desaparecer tales instrumentos de expresión, como la conquista española hizo desaparecer de América la mayor parte de las lenguas que allí se hablaban.

“Es de importancia capital conocer la índole del idioma cuya literatura se estudia. Los rasgos primordiales del idioma le dan carácter y fisonomía espiritual a una literatura. De dónde proviene que en español, por ejemplo, y en italiano los aumentativos y diminutivos sean tan copiosos al paso que en francés tales desinencias apenas existen? El genio sentimental y efusivo de españoles e italianos, de un lado, y la reserva y positivismo del francés, por otro, explican buenamente el contraste.

“Es nuestra literatura colombiana una derivación de la española. La lengua es la primera cadena que nos hizo súbditos de aquella literatura. Es un lazo inquebrantable. Las diferentes épocas de nuestra historia se reflejan de modo patente en forma recóndita en las obras literarias de cada momento. Es cierto que el poeta y el novelista sufren la influencia de los sentimientos populares. Hay la creencia de que la obra de la colonización fue una serie de atentados contra la humanidad. Pero en contra de lo que se dice, la labor colonial de España fue, sin duda, mejor y más bien intencionada para con los naturales que la de otros países de mejor fama... Inglaterra usó medidas de extremo rigor con sus colonias. En su régimen parecía predominar la voluntad de exterminar a los naturales por procedimientos más o menos humanitarios para establecer exclusivamente la raza conquistadora. Canadá, Australia, Nueva Zelandia, El Cabo, dan muestra clara de esa tendencia y expli-

can la aparente civilización de esas secciones de la Gran Bretaña.

Todo lo anterior es historia; pero la literatura, y las letras a su turno crean sucesos históricos u obran sobre ellos de manera evidente”.

“La superstición del oro vino a ser la ruina de España. Imaginando que el oro es la base de toda riqueza y convencidos de que las remesas continuas de ese metal bastarían para subvenir a todas sus necesidades y aun para llevar una vida de lujo, los españoles dejaron de trabajar. Desaparecieron las industrias, se descuidó la agricultura. El oro, a pesar de leyes restrictivas, se escapaba a otros países no sin dejar a España en la miseria.

En esas circunstancias la literatura española fue decayendo. Desde la muerte de Calderón la caída de las letras españolas es rápida y visible.

“Carlos III quiso concederles mucha atención a las colonias americanas y ponerlas en contacto con la ciencia de su tiempo. Por esos tiempos se fundó en Santa Fe la primera imprenta y vino al Nuevo Reino la expedición botánica. Estas dos instituciones señalan un momento de grande actividad intelectual en la colonia y el paso de una época a otra.

“Los principios de la verdadera literatura colombiana son las obras, las ideas y la vida social de estos tiempos” (1).

El estilo es directo, sin adornos, sin efusiones especiales y sin emotividad. Correcto y muy

(1) Baldomero Sanín Cano en “Preliminares” su obra “Letras Colombianas”, Méjico 1944, páginas 14 y siguientes.

influido por el ambiente literario y profesoral en que vivió largos años, sobre todo en Europa. Periodista, muchos de sus escritos tienen ese sello: rapidez, mirada panorámica a la cuestión tratada, agilidad mental para presentar su punto de vista, conocimiento claro y perfecto del tema y objetividad.

Se le ha tachado el hecho de tener muy poco estudio sobre Colombia y sus hombres. Pero no se puede olvidar la contribución decisiva que tuvo en la época del Modernismo en Colombia y el papel de crítico de esa tendencia.

De ella dice él mismo:

“Entre 1880 y 1890 tuvo principio en América una renovación literaria de tan hondo significado, que señaló el fin de un período de las letras castellanas y el alba de transformaciones fundamentales. Nació esta renovación de una tendencia general de la hora, en el espíritu de los hombres de letras, a encontrar inéditas formas de expresión que concordaran con los cambios de pensamiento. Fue encabezada por cuatro o cinco talentos de estatura superior, alguno o algunos de los cuales llegaron a las fronteras del genio. Este movimiento tuvo como rasgo histórico el haber carecido en un todo de carácter de reacción. Las pocas señales de espíritu combativo que se dieron a conocer en los pródromos de esa renovación procedieron de quienes la atacaron desconociéndola. El Modernismo tuvo causas hondas y antecedentes históricos. El siglo XIX español fue comparativamente exiguo del punto de vista de la poesía. En América la abundancia sentimental del romanticismo se iba agotando por exceso de uso y los grandes poetas como Pombo, Zenea, Obligado, Andrade, habían desaparecido o estaban li-

ricamente exhaustos. El momento era propicio para una renovación.

“Cuatro hombres se muestran como iniciadores en el horizonte de la poesía: Gutiérrez Nájera, José Asunción Silva, Rubén Darío, Julián del Casal.

“Guillermo Valencia, en la historia de la corriente literaria del modernismo ocupa puesto de avanzada, no obstante haber llegado a la línea de acción cuando esta se había extendido. En él los estudios clásicos y la organización de la inteligencia habían precedido a sus actividades literarias. Fue desde el comienzo un impulsor convencido y vehemente. Tuvo la conciencia de una necesidad de innovación y el valor de acometerla, que no tuvieron otros de los que figuraban en los albores del movimiento. Desafió las opiniones petrificadas; con fervor y sin vanos alardes de reforma, expresó su sentimiento ante las desigualdades sociales con el mismo convencimiento con que señalaban por medio de símbolos duraderos el prestigio de las grandes transformaciones históricas” (1).

La ciencia de saber vivir bien y morir bien es la ciencia de las ciencias. Brunetiere dice que a la ciencia humana sólo se le puede pedir lo que entra en sus dominios: volar más rápidamente y subir más alto; hablar con un amigo que se encuentra a miles de kilómetros y verle, gracias a la televisión; averiguar las leyes que rigen el universo, descubrir leyes ya existentes pero desconocidas de la naturaleza. Todo eso es del orden científico. Pero el problema de nuestro destino no atañe a ella porque trata

(1) B. Sanín Cano “Obra Citada”, página 188.

de cosas del tiempo y del espacio, no de la eternidad.

Don Baldomero Sanín Cano deja la impresión de un escéptico en sus escritos, en cuanto a religión. No hay alusiones de ninguna clase a verdades trascendentales de la vida humana, mucho menos del más allá. Pero en el fondo, conservó sus creencias de niño, criado y educado, en la época de sus estudios, en las verdades religiosas del catolicismo, que él, practicó por los años de su primera adolescencia. A los noventa y cuatro años de edad, y ya presintiendo, tanto él como sus amigos, un cercano fin de la vida, se le insinuó pensar seriamente en su muerte.

El arzobispo de Popayán le hizo visita en octubre 14 de 1955 y en un relato dice así: “después de haber conversado con él largo rato le pedí un autógrafo sobre Jesucristo. Vivamente emocionado don Baldomero Sanín le contestó: “Los que han leído mis libros quizás se han imaginado que soy un escéptico. Pero no es verdad. Yo creo en Jesucristo y en todas las verdades de la fe. Tengo la convicción profunda de que si todos viviéramos de acuerdo con las enseñanzas de Cristo, seríamos felices y el mundo no marcharía tan mal como en los tiempos presentes”.

El 21 de octubre volvió el arzobispo a visitarle y encontró el autógrafo que decía: “La figura de Cristo brilla en el horizonte de la historia con rasgos de infinita bondad, de inexhausto reconocimiento del alma humana, de amor ilimitado a los hombres, de una comprensión cabal y minuciosa de la vida anterior y de la que el contemplaba al tiempo de su paso por la mansión terrestre. A todas estas infinitas cualidades añadía una virtud, como decían los fa-

tinios, una fuerza espiritual en grado supremo, que emanaba no sólo de su conocimiento de los hombres y de las cosas. De su persona se desprendían fuerzas de vigor y sutileza desconocidas. Su palabra inflamaba o convencía no sólo por su sentido, sino por el tono y los sonidos con que solía expresarla. Su mirada sola tenía poder maravilloso sobre el individuo aislado y sobre la gente aglomerada. Su sola presencia modificaba un ambiente espiritual, lograba crearlo y el solo contacto con sus ropas obraba milagrosamente sobre quienes podían acercársele.

Su visión del mundo y de la humanidad estaba fundada en el amor puro, indeficiente, libre de amarguras y perfidias que deforman esta pasión en las relaciones de los seres humanos unos con otros. Todos estos caracteres distintivos hicieron posible la difusión de su doctrina y la conquista por ella de un mundo dominado por la fuerza y por un concepto de la vida que no tenía nada de común con el cristianismo.

El maestro fue llevado luego a Bogotá y allá el P. Félix Restrepo lo confesó dos veces y de él recibió el Viático y la Extremaunción. Murió el 12 de Mayo de 1957 a la una de la tarde, después de breve agonía. El P. Félix Restrepo dice que le manifestó a sus familiares que nunca había sido masón. Que eso le parecía ridículo (1).

Baldomero Sanín Cano fue llamado popularmente en toda la prensa y cada vez que se aludía a él con el título de "EL MAESTRO SANIN CANO". Lo fue en realidad, como institutor en plena adolescencia y guía intelectual, que condujo algunas decenas de niños, hacia el

(1) Mons. Diego Ma. Gómez, en artículo de "Revista Javeriana". Bogotá, julio de 1957.

santuario de la ciencia. Pero lo fue especialísimamente como guía intelectual de excelsas inteligencias colombianas, cuando en Bogotá orientó y dirigió con certera voluntad, ese grupo admirable de poetas colombianos que formado especialmente por Silva, Valencia, Londoño Víctor Ma., le dió un vuelco total a la literatura nacional. Y también por su prosa sencilla sin emotividad, sin alardes retóricos, casi desaliñada, que fue su manera constante de expresar el pensamiento. A Sanín Cano hay que leerlo, pensando y buscando ante todo el meollo, para poderlo gustar. Porque no suele ser muy agradable su lectura, para quienes han sido formados en el artificio de las bellas formas verbales o en los adornos retóricos. Tampoco es polemista que guste de confundir al adversario con elocuencias inútiles. Le basta con su fino humorismo o su aparente desdén. Porque en el fondo tampoco desdeña. Por eso pudo escribir Víctor María Londoño, otro de los teóricos del modernismo en Colombia, cuando Guillermo Camacho Carrizosa atacó a Sanín Cano:

“Si por Maestro se entiende un hombre que al vigor y elasticidad de su entendimiento junta hondo y variado saber, instinto de independencia, disciplina de voluntad, efusión de actos, brillo de ese espíritu, Sanín Cano es ese hombre y lo es por consentimiento de muchas inteligencias y de muchos corazones”.

Este “Bolsilibro” de la Colección Academia Antioqueña de Historia”, está dedicado a la memoria del ensayista y crítico Don Baldomero Sanín Cano. Reproduce, además, en su segunda parte una muestra de algunas polémicas periódicas, provocadas por escritos del Profesor Luis López de Mesa, especialmente los que él publicaba en “El Tiempo” de Bogotá. De ellos

se sacará como conclusión la heterodoxia de algunas ideas del gran ensayista antioqueño y uno de los grandes de hispanoamérica. Ante todo es menester tener en cuenta que no era filósofo, sino filosofante y por consiguiente hay contradicciones en sus teorías y maneras de ver las relaciones con el ser.

Acoge teorías de varios sistemas y al tratar de ponerle sentido filosófico a muchas cuestiones, resulta equivocado, sobre todo cuando niega. Hoy se dice que la filosofía está por encima de los sistemas; que los grandes filósofos han enseñado muchas verdades y que la verdad absoluta no la tiene ningún sistema. Pero los errores de importancia sí se conocen. Y mucho más las contradicciones.

En todo caso, no se trata de menguar el valor del ensayista y sociólogo sino de recordar que en el campo filosófico, no fue afortunado ni logró alinderarse completamente.

Este folleto contiene: 1) - un estudio crítico muy perfecto sobre Baldomero Sanín Cano, escrito por Rafael Maya (compendiado por el autor de este prólogo), en su libro "Los Orígenes del Modernismo en Colombia"; 2) - una faceta interesante y muy necesaria para la comprensión de López de Mesa, la de ciertas polémicas y protestas periodísticas a muchas de las afirmaciones del Profesor, escritas por Francisco José González en "Revista Javeriana" y por Humberto Bronx, en "El Colombiano", de Medellín; 3) - un artículo de Silvio Villegas, escrito cuando el Profesor publicó un libro sumamente discutido "Miguel Antonio Caro y Rufino José Cuervo".

J a i m e S e r n a G ó m e z
Presidente de la Academia Ant. de Historia

RAFAEL MAYA

**BALDOMERO SANIN
CANO**

BALDOMERO SANIN CANO

Rafael Maya

I

Cuando murió Baldomero Sanín Cano los periódicos de Colombia le dedicaron, como era natural, escritos elogiosos, y algunos críticos reseñaron someramente su obra, aludieron a su carácter personal, y refirieron algunas anécdotas curiosas. Después se hizo el silencio en torno de su sepulcro. Ultimamente ha vuelto a recordársele, con ocasión del primer centenario de su nacimiento, y la importancia de su obra ha sido aquilatada, aquí y en el exterior, con más justicia que en los días subsiguientes a su desaparición. Pero esta obra de reivindicación de una de las inteligencias más finas y agudas de Colombia ha partido de las minorías intelectuales y de las zonas académicas y universitarias. Para el gran público el nombre de Sanín Cano dice muy poca cosa. No debe atribuírse esto a ingratitud ni a menosprecio por el gran escritor. Es, apenas, la consecuencia natural de dos cosas: en primer lugar, la índole de esa obra, que versa sobre cuestiones de crítica europea, la mayor parte de las veces, o sobre cuestiones técnicas de lenguaje, poco llamativas para el público; en segundo término, el temperamento mismo de Sanín Cano, profundamente discreto, enemigo de toda exhibición, frío en apariencia y armado siempre de una fina y casi helada ironía, que formaba en torno suyo una zona de seguridad.

En estas circunstancias no era raro que, habiendo muerto a los noventa y seis años de edad, después de una intensa actividad mental de cerca de medio siglo, fuese desconocido del llamado gran público, y de los círculos semi-letrados, que suelen fabricar popularidades ruidosas. En cambio, era muy estimado por las minorías selectas, y esto le satisfacía más que el aplauso de la plaza pública. Su reserva natural no era egoísmo ni mucho menos timidez. Era pudor intelectual. Tenía el orgullo de su discreción y el miedo a todo exceso. No hubiera desentonado en una calle de Atenas. Cuando se le elogiaba solía desvirtuar cortésmente la alabanza con un rasgo de humor, y cuando era víctima de algún agravio, aprovechaba la ocasión para estudiar, bajo un nuevo aspecto, la extraordinaria riqueza de la tontería humana. Fue, en este sentido, invulnerable. Hombre digno de admiración, sin duda alguna, y, no obstante sus raíces profundamente autóctonas, un poco extraño a su raza y a su medio, por ostentar condiciones opuestas a muchas de las que corren por allí como características del hombre colombiano.

Si pasamos ahora a lo que pudiéramos considerar como su estilo literario, ya que, al hablar de cualquier escritor, lo primero que se ofrece a la crítica es el carácter de su expresión escrita, tenemos que Sanín Cano cultivó siempre un estilo uniforme, sin mayores apariencias, y que no sufrió cambio alguno a lo largo de la vida del escritor, de manera que su primer escrito es exactamente igual al último, desde ese punto de vista. Otros ensayan estilos, de acuerdo con sus lecturas o con los temas tratados. Sanín Cano siguió siempre la misma línea. ¿Precoz madurez, que le hizo adoptar, como definitiva, una sola manera de comunicar su pensa-

miento, o falta de flexibilidad para darle al estilo la sinuosidad de una conciencia siempre agitada? Opto por la primera hipótesis. Además, creóse Sanín, desde el punto de vista literario, un estilo bastante impersonal, en el sentido de que nunca torturó la frase, ni se impuso deliberadamente forma alguna afectada que nos diese la ilusión de que estaba "haciendo estilo". Alarde de estoicismo mental, en época en que prevalecía el énfasis retórico. Escribía en forma directa, atento más al pensamiento, en sí mismo, que a la manera de formularlo. Sólo empleaba los elementos imaginativos cuando los creía necesarios para hacer sensible una idea abstracta. Era el suyo un estilo de hombre honrado, que no enturbiaba la expresión para aparecer profundo, ni le concedía a la retórica el doloroso encargo de engañar a las gentes demasiado espontáneas. No tenía miedo de descubrir el fondo de su espíritu, porque su pensamiento, si no era siempre profundo, no dejaba nunca de ser exacto. Una razón más para que el gran público no lo estimase suficientemente.

Ha pasado a la historia literaria del país como el "crítico del modernismo", y así lo llamó el eminente Gómez Restrepo. Pero es necesario limitar esta denominación a la primera época de Sanín Cano, anterior a su permanencia en Europa, es decir, cuando aquí, en Bogotá, desempeñaba el papel de consultor y de guía de un grupo de escritores nuevos, que estaban empeñados en renovar las formas literarias, de acuerdo con las corrientes de ultramar. Después Sanín Cano se radicó en el Viejo Continente, y su labor se contrajo al estudio y comentario de obras europeas, principalmente de las dedicadas a cuestiones de cultura general, de sociología o de política. En la magnífica revista "Hispania",

que fundó en Londres Santiago Pérez Triana, Sanín Cano comentaba la política internacional labor que luego prosiguió en Buenos Aires, desde las páginas de **La Nación**; pero no descuidaba las cuestiones estrictamente literarias, ni los estudios lingüísticos, a los cuales fue siempre aficionado, con el auxilio de varias lenguas cultas que conocía desde joven. Reintegrado a la patria, radicóse en Popayán, en el hogar de su amigo de siempre, Guillermo Valencia. Para los estudiantes de la Universidad del Cauca dictó un curso de literatura colombiana, que luego recogió en un volumen titulado **Letras Colombianas**. A decir verdad, a esta obra hay que concederle un valor de reparación, pues Sanín Cano no había aplicado sus talentos críticos, sino muy ocasionalmente al estudio de nuestros escritores. **Letras Colombianas** es un análisis rápido y compendioso del movimiento intelectual de Colombia, desde Quesada hasta Valencia, y si es verdad que denuncia cierto apresuramiento en cuanto a la información, y puede ser tachado de inexacto en simples cuestiones de cronología o de erudición bibliográfica, la crítica que en él campea es generosa y comprensiva, pues hace justicia a antiguos adversarios y demuestra respeto por personas y doctrinas que, en el fondo, repugnaban a Sanín Cano, por hallarse en las antípodas de su conciencia religiosa y de su pensamiento filosófico.

Nos interesa Sanín Cano como crítico del modernismo y divulgador y propulsor de todas las escuelas, teorías y sugerencias que, en alguna forma, entraron a formar parte esencial o transitoria del movimiento modernista. Está claro que este movimiento se habría producido en Colombia sin la ayuda de Sanín Cano, y que Silva, Valencia, Grillo, Londoño, etc., por sí so-

los, y nada más que arrastrados por las nuevas corrientes, hubiesen transformado al ambiente intelectual de Colombia; pero la empresa, falta de un capitán, acaso no lograra la unidad de propósitos ni la plenitud de realización que alcanzó bajo la dirección de Sanín, que ya dominaba el nuevo terreno y podía coordinar el combate. La acción fue decisiva. En otros países del Continente el modernismo no significó una renovación tan completa como en Colombia, porque por allá no existían ni la tradición, ni los hábitos mentales que aquí se oponían a cualquier cambio. Los ataques de Luis María Mora, representante del humanismo "rosarista" contra Valencia, y las mismas restricciones de Tomás Carrasquilla en sus famosas **Hómilias**, son excelente prueba de cómo la corriente modernista, al golpear contra la roca de la tradición, provocaba la tempestad.

II

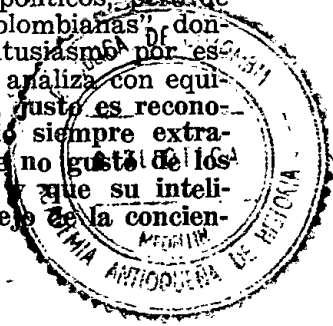
El don de lenguas y una innata curiosidad mental, que no puede explicarse como efecto de determinada educación, ni como influencia del medio ambiente, sino como disposición interior de su espíritu, condujo a Sanín Cano, por una serie de circunstancias, más o menos casuales, a ser el iniciador y el orientador del modernismo en Colombia. Naturalmente, su enseñanza no se desarrolló en el vacío, sino sobre inteligencias ávidas de saber y muy abiertas a las nuevas corrientes, como las de José Asunción Silva y Guillermo Valencia, que posteriormente llegaron a ser cifra y compendio de la renovación modernista. Sin ellos, la labor de Sanín Cano habría sido infructuosa, o apenas hubiese alcanzado a la iniciación teórica, pues la mayor parte de los sujetos que aparecen como sus habi-

tuales oyentes de entonces, no tenían las condiciones de Silva y de Valencia para ejecutar lo que el maestro les inculcaba. La palabra de Sanín Cano, cayó en buen terreno, y no hizo sino despertar anhelos latentes en el espíritu de aquellos dos escritores, y orientar, en cierto modo, la producción intelectual. La nueva doctrina tuvo evangelistas a la altura del profeta.

Pero antes es necesario saber cómo se estimaba a Sanín Cano desde el punto de vista de la tradición académica del país. Luis María Mora, que era el portavoz de una gran parte de la opinión nacional, decía: "Un corolario de esta disposición de Sanín Cano con respecto a la verdad, es cierto morboso afán de leer sin descanso libros nuevos, pero no de toda clase de libros, sino de los que contengan más extravagantes paradojas.... No ama la literatura sencilla, clara, transparente, de los pueblos que se bañan en las ondas azules del Mediterráneo, sino que se embebe en las lucubraciones oscuras de los pensadores del Norte, y en las figuras abstractas de los dramas escandinavos.... Los escritos de Sanín Cano gozan de un privilegio singular y es que nadie los discute, o porque nos parecen muy abstractos los autores que comenta, o porque nadie los conoce ni los conocerá jamás". Y por este estilo continúa Mora su crítica contra Sanín Cano, partiendo del principio elemental, pero muy socorrido entonces, de que todo lo latino era claro y oscuro todo lo septentrional. Esto era eco, a su vez, de lo expresado por Menéndez y Pelayo en su famosa *Epístola a Horacio* cuando, refiriéndose a las literaturas del Norte, decía: "Lejos de mí las nieblas hiperbóreas". Solo que Mora se quedó estratificado en la mencionada y supuesta oposición, en tanto que Menéndez y Pelayo, superando ese prejuicio, casi escolar, des-

cubrió en buena hora la inagotable poesía, de esas literaturas, su valor simbólico, su encanto ensoñador, así como la importancia de sus críticos. Uno de los volúmenes de la "Historia de las Ideas Estéticas en España" está consagrado íntegramente al estudio apasionado de los poetas, dramaturgos, novelistas, críticos y pensadores de Alemania. El juicio sobre Goethe, que allí figura, no ha sido superado en España, y la página sobre Enrique Heine, trémula de emoción admirativa, y escrita con infinita gracia literaria, atestigua hasta dónde había estremecido al docto crítico la poesía de Heine, con su vuelo sesgado de golondrina. Por cierto que al principio de ese ágil y encantador estudio confiesa Menéndez y Pelayo el error en que vivió durante mucho tiempo, enredado en los términos de la falsa antítesis "claridad latina" y "tinieblas septentrionales".

Hay que reconocer que Luis María Mora era sincero desde el punto de vista académico. Sus horizontes habían sido los de la Gruta Simbólica, sus poetas preferidos Soto Borda y Alvarez Henao, y su educación literaria más académica que humanística, como lo demuestran sus versos de inspiración helénica. Además, Sanín Cano había ofrecido un fácil frente para los ataques del irascible académico, pues, en ocasiones, juzgó de manera absurda a Núñez y a Caro, movido por resentimientos políticos, pero de ello se retractó en "Letras Colombianas", donde, si no demuestra mayor entusiasmo por estos dos escritores, al menos los analiza con equitativa serenidad. Por otro lado, justo es reconocer que Sanín Cano permaneció siempre extraño a la tradición hispánica, que no gustó de los clásicos antiguos y modernos, y que su inteligencia fue, en cierto modo, reflejo de la conciencia



cia europea de fines del siglo, hasta donde podía serlo la de un hispanoamericano desasido de todas las tradiciones de la raza, menos de las del idioma. No hay que culparlo, desde luego: Hay un determinismo espiritual que fija los rasgos esenciales de una inteligencia con tanta precisión como los caracteres anatómicos, sin que las influencias exteriores logren modificarlos notoriamente. La inteligencia de Sanín Cano no era permeable a la humedad de las atmósferas convencionales. En esto de la tradición hispánica había entonces, como ahora, más emoción patriótica que discernimiento histórico. Y él era un hombre fríamente analítico, en quien el cerebro absorbía casi por completo las funciones del sentimiento.

Históricamente, el modernismo constituyó, en general, una especie de segunda independencia de España, al menos en sus orígenes. Francia, Alemania, Inglaterra, tuvieron más influencia en la formación de la estética modernista que la Península, salvo la remota, pero indudable, proyección de Bécquer sobre la nueva prosa castellana. Es cierto que Darío celebró las glorias y tradiciones de la Madre Patria, y que lo hizo con fervor épico, pero esto sucedió cuando el modernismo había cumplido ya la totalidad de su encargo, y cuando el gran revolucionario, como el hijo pródigo de las culturas, regresaba al solar nativo, para sentarse a la mesa familiar, llevando en la boca el gusto de las uvas de Corinto, de los dátiles egipcios y de las manzanas de Sodoma. El modernismo, originario de América, aunque con raíces europeas, fue "cosmopolita" y, como el Renacimiento, consistió en un nuevo intento por integrar, en una sola visión del mundo, el sentido de todas las literaturas y la eficacia de todas las doctrinas. En España,

pasada la primera sorpresa que originó el estro de Darío, con sus inauditas armonías, el modernismo derivó hacia el sentido histórico y nacional de la tierra, y se exaltó el paisaje castellano, la tradición medieval, la vitalidad eterna de los romances. En estos países aconteció lo contrario. Lo autóctono quedó ahogado por lo foráneo. Siempre será uno de los casos más curiosos de la literatura universal el hecho de que un nicaragüense, con pronunciado atavismo indígena, fuese el mejor cantor de Versalles, de las princesas chinas, de las visiones prerrafaelistas, y que, declarándose discípulo del centauro Quirón ordenara danzas de sátiros en torno de la tumba de un extraño poeta francés. Pero la poesía infunde a todas las formas de la cultura un aliento vital que las humaniza y hace actuales. Y el modernismo fue un gran viento que sopló de los cuatro puntos del espíritu, y dando vida a todos los simulacros de la conciencia y de la historia, constituyó algo así como el concilio ecuménico de la inteligencia humana.

En Colombia, este movimiento tuvo un precursor, que fue Silva, y un artista que lo llevó a su plenitud, y fue Valencia. En torno a estas figuras aparece un cortejo de secuaces que engrosaron el movimiento, con mayor o menor eficacia operativa, si exceptuamos la obra de Víctor Londoño, la más cercana, por su perfección, al arte de Valencia. Sanín Cano timoneaba la nueva embarcación, en un sentido especial que ya veremos. Ante todo es necesario recalcar que la influencia de Darío fue lánguida y casi nula en los orígenes de la nueva escuela. Silva, por ejemplo, parece que no lo estimaba o, por lo menos, detestaba a sus imitadores, pues se complació en realizar parodias "rubendariacas", con mucho ingenio. "Prosas Profanas" fue publicado en el mismo año en que se suicidó el

poeta bogotano, pero la obra de Darío, fragmentaria, era de sobra conocida en estas alturas andinas. En las "Trasposiciones", de Silva, preciosas páginas de prosa pictórica, es posible que se encuentre la huella de "Azul", publicado en 1888, cuando Silva tenía 21 años de edad y acababa de regresar de Europa. En "Ritos" tampoco se advierte el paso de Darío, a quien Valencia cita en el prólogo de la primera edición de ese libro, y ante el cual se presentó, en París, con una carta del propio Sanín Cano, que Alberto Ghirardo publicó en el "Epistolario" del poeta nicaragüense. Valencia es lo menos rubeniano que pueda darse. Sin la genialidad del autor de "Cantos de Vida y Esperanza", sin la infinita variedad de su temática, sin el sentido melódico de quien escribió "Era un aire suave de pausados giros", sin el aliento universal que anima muchos cantos del genial innovador, Valencia logra, frecuentemente, una más fina calidad artística en la factura del verso. Darío salvó la etapa parnasiana, y en su segundo libro de poemas, y también en los posteriores, alcanzó alturas y profundidades de inspiración muy propias de quien, desgarrada la vestidura teatral, bajaba a la tierra de los hombres, cubierto con los harapos de su pobre condición humana. Valencia permaneció siempre fiel a sus mármoles, sin que sean suficientes a contradecir esta afirmación algunas incursiones ocasionales al campo del sentimiento. El poeta de **Ritos** no desperdició tiempo en tantos alardes verbales como entorpecen la obra de Darío, bien que éste tenía la misión de aclimatar, en castellano, ritmos fugaces que había aprendido del francés. A Valencia le preocuparon poco las cuestiones de técnica, y acogióndose a los metros tradicionales, realizó una obra en que aprovecha todas las experiencias del tránsito modernista, ya consumadas. Por otra parte

parece que Sanín Cano, un poco refractario siempre a la emoción poética, tampoco se entusiasmaba mucho con Darío. Cuando murió el gran poeta, nuestro crítico publicó en "Hispania", de Londres, un escrito titulado "Declina el Véspero", en que daba por terminada, y casi extinguida para siempre, la luminosa parábola del más armonioso y sensitivo de los poetas de habla hispana.

¿En qué sentido, pues, se realizó el magisterio de Sanín Cano sobre el grupo modernista de Colombia? Fácil y exacto es responder que con la lectura, comentario y explicación de algunas obras, no propiamente poéticas, sino ideológicas, para emplear un término muy general, que Sanín traducía de sus idiomas originales y que fueron asimilados por los más curiosos e inteligentes de ese grupo, a veces como doctrina filosófica, y, otras, como método crítico o como experiencia estética. Hay memoria de algunas de aquellas veladas que se efectuaban en casa de Silva y que, para el vulgo profano, tenían la hermética ritualidad de los misterios eleusinos. Respirábase allí ese ambiente de espera y de ansiedad que comunicaba a los espíritus la confianza en una profunda renovación de todas las cosas. En el amanecer de las almas, las flores de la inteligencia exhalan su mejor aroma. Las circunstancias de expectativa y de optimismo en que respiraba ese grupo eran trasunto de lo que sucedía en las naciones cultas del otro lado del mar. La crítica, la novela, la poesía, el teatro, desaparecida la perspectiva romántica y el plano realista en que se habían movido, sucesivamente, ensayaban ahora proyecciones nuevas sobre el campo de la inteligencia, y extrañan su riqueza de ciertos terrenos de la conciencia, no explorados aún. El hombre, como sujeto de

investigación, reservaba, para la nueva escuela, las más singulares sorpresas. La sicología iba a encontrar resortes inéditos en la máquina humana. Renán, Taine, Bourget, Remy de Gourmont, "disociaban" ideas con morbosa delectación, y Rimbaud, Baudelaire, Verlaine, encontraban signos, augurios y presagios en las propias vísceras de su alma; Nietzsche, por su parte, con estilo profético, exaltaba la voluntad de poder. La inteligencia enloquecía a fuerza de experiencias vitales. Valencia recogió, en su obra, todo el "estetismo" de la época, contrapeando influencias merced a su temperamento equilibrado, con sanas tendencias a la comodidad goetheana. Silva, más ávido de todo, más curioso de sensaciones, y tiranizado por sus fibras nerviosas que, en ocasiones, parecían romperse de puro tensas, fue víctima de una verdadera saturación de cultura, bebida atropelladamente, sin orden ni concierto, como lo afirma él mismo en varias de sus páginas autobiográficas. Sanín Cano, con escasa sensibilidad poética y muy precaria imaginación, era hombre de "ideas", y tomaba limpia y desnuda la parte doctrinaria de cuantos libros caían en sus manos. De esas doctrinas se alimentó el grupo modernista que lo escuchaba y seguía. Y esas doctrinas, transformadas por la imaginación artística en impulso creador, aparecen, ya visibles o latentes, en la obra de Silva y de Valencia.

Afirma Sanín Cano que fue Silva quien le dio a conocer, a su regreso de Europa, a algunos de los poetas y novelistas franceses del momento. Es verdad; pero, en cambio, Sanín Cano les reveló a sus amigos la existencia y la obra de Nietzsche, de Brandes, de Renán, de Bourget y de Mauricio Barrés, quienes, como lo veremos después, infundieron algunas de las más brillan-

tes virtudes de su estilo y de su espíritu, en la obra de estos innovadores de nuestra literatura.

III

Sanín Cano conoció a José Asunción Silva cuando éste acababa de llegar de Europa y contaba, más o menos, veinte años. La amistad entre estos dos personajes fue estrecha y efusiva, y de ella dan testimonio las cartas que se cruzaron entre sí, y que el público ilustrado conoce. Lástima que la mayor parte de las de Sanín, que Silva conservaba con esmero, hubiesen perecido en el naufragio de *L'Amérique*. A Sanín Cano le llamó profundamente la atención el talento de Silva, que llegó a calificar de genial, la tersura de su carácter y, sobre todo, la aristocrática y muy delicada estructura de su sensibilidad, casi enfermiza y continuamente exaltada por la presencia espiritual de las cosas bellas. Intimaron dentro de una elegante etiqueta que no les permitió nunca las familiaridades de la camaradería, tan ocasionadas al abuso de la amistad. Por esta razón pudo Sanín Cano relatarlos después, con absoluta verdad, algunos incidentes de la vida de Silva, desfigurados, por el vulgo, y episodios tan importantes como la gestación de *El Nocturno*, en los cuales estuvo mezclado personalmente. En esa poesía están enlazadas místicamente, no solo la sombra de los dos hermanos, sino también la del amigo y confidente, que solía acompañarlos en sus paseos silenciosos por cierto recodo de la Sabana de Bogotá, a donde la luz de la luna llegaba virginal y tranquila, apenas aparecía por detrás de los cerros vecinos. Nunca pudo disimular Sanín Cano, ni tenía por qué hacerlo, dada su generosidad, la admiración que le despertaba la inteligencia de su amigo, y su inaudita precocidad.

A su regreso de Europa, y en edad tan temprana, ya Silva, que había leído casi toda la literatura francesa de ese tiempo —la edad de oro del modernismo— conocía bastante bien la inglesa y la alemana, se mostraba muy perito en cuestiones de arte, hablaba con desenvoltura de los filósofos y de los hombres de ciencia, y era dueño del francés y del inglés, al mismo tiempo que, para enriquecer el idioma nativo, llevaba en la imaginación nuevas músicas y nuevos colores.

Silva supo retribuir copiosamente esa admiración. La presencia de Sanín Cano, su conversación, sus comentarios, le eran indispensables. Cuando el poeta se hallaba ausente, las cartas menudeaban. El 7 de octubre de 1894 le decía, desde Caracas:

“Le suplico que me escriba largo. Recuerde la soledad interior en que vivo, y la necesidad que tengo de usted para no embrutecerme”.

Silva encontró en Sanín Cano a un hombre diferente de cuantos había conocido hasta entonces en Colombia. No escribía cuadros de costumbres, como su padre y los contertulios de El Mosaico; no era humanista, como don Miguel Antonio Caro; no publicaba novelas, como don José Manuel Marroquín, ni hacía versos, como Pombo, ni libelos políticos como el Indio Uribe, ni artículos de crítica literaria como Vergara y Vergara, ni discursos parlamentarios, como Antonio José Restrepo; ni ensayos gramaticales, como don Marco Fidel Suárez; no hablaba jamás de “los clásicos españoles” a quienes es posible que no conociese más que a medias, ni pensaba que Peñas Arriba fuese la mejor novela del siglo, ni que Núñez de Arce, como lo afirmaba entonces el editor de los célebres cua-

ernos de la "Biblioteca Popular", venciera, como lírico, a Fray Luis de León. Pero, en cambio, Sanín le hablaba de autores que él, Silva, leía apasionadamente, y que eran desconocidos por la sociedad santafereña. Allí estaban Brandes y Bourget, entre los críticos; y entre los poetas, Verlaine y Baudelaire, fuera de algunos ingleses inverosímiles, tales como Dante Gabriel Rosseti, A. G. Swinburne y Edward Burne Jones. ¿Para hablar de los pintores prerrafaelistas iba a buscar a Clímaco Soto Borda? ¿Para embriagarse con las músicas verlenianas iba a golpear respetuosamente en la casa de su admirado amigo don Miguel Antonio Caro? ¿Para comentar el Andrés Cornelis de Paul Bourget iba a detener en la calle a Luis María Mora? ¿Para discernir los cambiantes y misteriosos reflejos de la poesía de Baudelaire iba a visitar a don Rafael María Carrasquilla? ¿Para recibir, en pleno rostro, el hálito envenenado de algunas páginas de Jean Lorrain, iba a solicitarle una entrevista a su querido Jorge Isaacs? Claro está que no. Pero allí estaba Sanín, iniciado en todos esos secretos, y provisto de un nuevo sentido que le permitía analizar las rarezas de esa fauna submarina; algunos de cuyos ejemplares habían subido a la superficie para seducir a los navegantes. Sanín Cano era uno de los seducidos, y arrastró a Silva hasta el fondo de los abismos musicales.

Cuando Sanín Cano, ya desaparecido su entrañable y admirado amigo, intimó con Valencia, pudo comparar el temperamento y la inteligencia de estos dos poetas. De acuerdo con Nietzsche, que suministraba fórmulas críticas para todas las cosas, Valencia —el Valencia de entonces— encarnaba el tipo "apolíneo" y Silva el tipo "dionisiaco", pues uno y otro habían po-

larizado valores vitales antitéticos. Valencia era la serenidad de un arte perfecto desde el punto de vista formal, por más que, a veces, los problemas humanos palpitasen debajo de la envoltura marmórea; Silva era la mística intuición del paisaje y de las cosas, sostenida sobre el frágil arco de las más sutiles armonías; Valencia, próximo al humanismo por las bases clásicas de su cultura; aceptaba el conocimiento como una disciplina; Silva, sin formación universitaria alguna, desligado de toda tradición mental y de sensibilidad más moderna y vibrante, devoraba libros de todo género, pero su sed de sabiduría era inquisición angustiosa, no satisfacción de erudito; Valencia tendía hacia la equilibrada concepción de la vida, de los sistemas, del arte, todo ello como reflejo de un temperamento sano, ajeno a toda inquietud metafísica, y sin más problemas que los que podía suscitarle su propia estética, exigente, cultísima, aristocrática; Silva, descreído y escéptico, sensual y epicúreo, paradójal y "snobista", era contradictorio en todo, opuesto a todo lo regular y sistemático de la vida y, a diferencia del autor de **Ritos**, dotado de una intensa vida interior que buscaba el escape del análisis para aligerar la plétora de la conciencia o la excesiva carga del espíritu. Sus sensaciones no se traducían, como en Valencia, en obras de arte, sino en aventuras temerarias, que dilataban enormemente el campo de su experiencia. Gustaba de exacerbar su propia sensibilidad, con sádico deleite, para experimentar más dolorosamente las emociones. La línea clásica de Valencia se torna en Silva caprichosa espiral. Colocado, por un capricho de la suerte, entre las columnas del templo griego, Silva no habría recitado la consabida plegaria de Renán, sino las letanías futuristas de Zaratustra.

SILVIO VILLEGAS

**LOPEZ DE
MESA**

LOPEZ DE MESA

Por Silvio Villegas.

El nombre del doctor Luis López de Mesa pertenece a la alta cultura americana. Es de los maestros con semejante o igual título que Francisco García Calderón, Alfonso Reyes, Francisco Romero o José Vasconcelos. Toda su vida ha estado consagrado a la meditación, al estudio o al servicio de la patria, con la austeridad y el desinterés de un auténtico levita. Este no ha traicionado su misión, ha permanecido siempre fiel a la movilización de lo divino. Desde la más temprana adolescencia ha llenado, íntegramente, su tarea, con prolongadas vigiliass: estudiando, leyendo y reflexionando hondamente sobre el destino del hombre, de la patria, de la humanidad, como cualquier sabio europeo. No se trata tan sólo de una inclinación irrevocable del espíritu sino también de un deber. López de Mesa —que tiene un excelente concepto de sí mismo— piensa que está en la obligación de superarse todos los días y de entregar a la familia humana el sazonado fruto de su cultura. De allí viene el tono doctoral de sus escritos, que preocupa y mortifica a muchos de sus conciudadanos. Con sus defectos, que son incuestionables, nosotros sentimos una admiración ilimitada por él. Más que por sus escritos por su vida que es la vida ejemplar de un sabio. Esto nos lleva a ser indulgentes con muchas de sus excentricidades. Refiere Renán que uno de sus profesores

del seminario, de ideas particularmente extrañas, explicaba el hecho, declarando que no había estudiado durante cuarenta años, desde las cuatro de la mañana, para pensar como un clérigo de aldea.

Los conocimientos de López de Mesa son poco menos que universales. Es un médico que domina la profesión en casi todos sus aspectos científicos. Se hizo así perito en enfermedades mentales, siendo un especialista de moda en las altas clases de la sociedad bogotana. Por allí principió su carrera literaria. Al mismo tiempo cultivó el estudio de la filosofía, investigando, con sed devoradora de conocimientos, todos los sistemas que han florecido desde la cuenca gigantesca del Ganges hasta el Rhin, el Sena y el Támesis. Las ciencias naturales, el derecho internacional, la jurisprudencia, la economía política, la gramática, las bellas artes, la agricultura, la historia, todas las nueve musas le han hecho compañía en su lecho de célibe. En los últimos años se ha entregado, particularmente, al estudio de la filosofía y de la lingüística. Desaparecido Guillermo Valencia es, seguramente, la cultura más universal del país.

¡Y qué noble serenidad la suya! Siendo un espíritu profundamente sensible, con altos registros de emoción humana, contempla ya, con el reposo de un demiurgo, el vasto espectáculo del universo desde la cima de su dorada madurez. Es el premio de una vida de luchas, de tormentas, de alegrías, de sufrimientos. Recordamos que una tarde, de honda tormenta interior, encontramos al doctor López de Mesa de paso para la biblioteca nacional, donde llevaba varias semanas de investigación sobre las ciencias físicas y naturales. En los prodigiosos des-

cuprimientos de estas ciencias, en los infinitos abismos del espacio y el tiempo, encontraba el profesor la alegría que da la paz del alma. No fue posible hacerlo descender siquiera a contemplar el inmenso dolor de un mundo que se desangraba en cinco continentes. Todas las preocupaciones del doctor López de Mesa reposaban allá en la atmósfera superior presentando el más dramático contraste con nuestras efímeras preocupaciones individuales. El espectáculo de un hombre así es consolador como la presencia del mar o de las montañas. En esto hay auténtica grandeza.

El país sabe con cuánta pulcritud, con cuánta diligencia, con cuánta sagacidad y eficacia le ha servido este pensador egregio, que en una larga vida no ha dejado pasar un solo día sin meditar sobre sus problemas fundamentales desde la adecuada distribución de los abonos hasta sus funciones de relación con los demás pueblos de la familia humana. La feliz culminación de nuestro secular litigio de fronteras con la patria de Bolívar, es la mayor hazaña intelectual de nuestra cancillería en toda su historia. Esta fue la obra exclusiva y casi genial del doctor López de Mesa. Allí quedó alto testimonio de su sentido realista, cartesiano de las empresas públicas. López de Mesa no ha solicitado nunca un mandato, pero no se ha negado jamás a servirle a su país. Y muchos ilusos celebraríamos fervorosamente su exaltación a la primera magistratura de Colombia. Este sabio, un poco distraído, tiene don de mando, porque se determina por sí mismo y donde ha fracasado el empirismo improvisador puede que triunfe el dinamismo de la inteligencia.

Pero en el doctor López de Mesa hay dos personalidades contradictorias. Sus disciplinas

intelectuales son las de un europeo, y a veces da la impresión de una mentalidad infantil. Recuerda un poco la geografía desigual del suelo antioqueño, donde las montañas inaccesibles declinan verticalmente en trágicos abismos. Dos horas después de entregarle al congreso de la república una memoria de relaciones exteriores, que era un auténtico crucigrama de palabras cuidadosamente rebuscadas, pronunciaba en el mismo recinto una oración insigne que parecía meditada para una asamblea de reyes. Por su labio hablaba la conciencia colombiana para todo el continente.

Este libro sobre Caro y Cuervo, escrito como homenaje para la fecha jubilar de los esclavos humanistas, es la obra más representativa del profesor López de Mesa. La más representativa, nada más. Por encima de ella están su libro sobre la formación del pueblo colombiano y su disertación sociológica. Pero en este pretendido estudio biográfico lucen, como nunca, sus virtudes y sus defectos. Lo primero que se observa, desde luego es la amplitud de sus conocimientos y la majestad de sus reflexiones. ¡Pero qué tumultuoso desorden! El autor pasa de un tema a otro sin cuidarse de sus lectores, y perdiendo esa bruñida unidad que es el primer mérito de las obras excelentes. El doctor López de Mesa derrama su ciencia con un afán de ostentación que no nos permita saborearla. ¡Y qué endiablado estilo! Entre dos vocablos sinónimos el doctor López de Mesa se queda, invariablemente, con el más difícil. Aquí triunfa aquel sistema culterano que, según el diccionario de la academia, consiste en "no expresar con naturalidad y sencillez los conceptos, sino falsa y amaneradamente, por medio de voces peregrinas, giros rebuscados y violentos, y estilo obscuro y afec-

tado". Sabiduría, seguramente, pero también inmoderado afán de decir a toda hora: "aquí estoy yo". De todo lo cual resultan "disgresiones alambicadas y difíciles", como él mismo lo confiesa.

Lo más deplorable del caso es que el doctor López de Mesa tiene excepcionales condiciones de escritor y logra, cuando quiere, darle a la prosa las tres cualidades mágicas: color, densidad y música. A pesar de esto es innegable que presta un gran servicio a las letras de América con estas audaces aventuras por los reinos menos frecuentados de la lengua, ampliando el caudal idiomático, renovando el vocabulario o dándole un valor nuevo a vocablos desmonetizados.

Todos los temas solicitan la atención del doctor López de Mesa al escribir este libro: la política, la teología, la metafísica, la historia, la mística, todo, menos los ilustres biografiados. Caro y Cuervo constituyen un simple pretexto de apasionantes disertaciones. Y el propio estudio biográfico no aparece en ninguna parte. Sorprende sí la variedad y riqueza de sus conocimientos lingüísticos que lo llevan a realizar verdaderos hallazgos en canteras secularmente exploradas. Por este aspecto el doctor López de Mesa se revela altamente calificado para continuar la tradición humanística de Colombia.

La información preliminar sobre el ambiente donde se formaron Caro y Cuervo no parece tarea digna de un pensador de su rango. Es, más bien, el esquema de un geógrafo para uso de bachilleres. Allí campea, además, la tesis inexacta de que la nuestra es una "civilización de vertientes", cuando lo único cierto es la inagotable variedad de nuestra topografía. Por otra parte, las civilizaciones se clasifican por su sino, por

su devenir histórico, por los valores culturales que las han engendrado, pero en ningún caso por los simples accidentes del terreno. En todos los continentes hay llanuras, vertientes, mares y montañas.

Con anotaciones muy agudas demuestra el doctor López de Mesa que la reelección presidencial ha sido funesta en Colombia, "porque no es la mentalidad del hombre uno a manera de pozo artesiano inextinguible, antes muy precario bien que muy fácilmente se perturba, y porque las posiciones de responsabilidad angustiosa y giro exagerado de preocupación conceptual y emotiva consumen muy pronto la potencia creadora de los caudillos". Y así juzga severa y valientemente la segunda administración de Santander que fue autoritaria, irritable y suspicaz, "con gravísimo daño de su nombre, y consecuencias aún más deplorables para la vida y el prestigio de su patria". Mosquera se hizo en su segundo mandato fanfarrón, megalómano y absolutista. Núñez, declinó hacia la misantropía. Reyes tuvo un final trágico. De la última reelección no nos corresponde hablar en esta circunstancia y en este sitio.

Algunas de las disertaciones de López de Mesa son grandiosas, tienen marco ecuménico. Así cuando se ocupa de san Atanasio de Alejandría para definir las inclinaciones políticas y religiosas del señor Caro, dominador, inflexible, autoritario. Equivocada o no es original, hermosa y profunda, su teoría de los cuatro diálogos del hombre con Dios: el diálogo de la expulsión del paraíso, el diálogo de Job el Idumeo, el diálogo del Calvario, y el coloquio de hoy, que López de Mesa plantea así: "Dónde está la redención, qué queda de la prueba tras la muerte del probado, dónde el talión igualitario, siquie-

ra?". Drama de incorecible excelsitud, más desgarrador y apasionante que todo el ciclo esquiliano. Prometeo era un niño atormentado, si lo confrontamos con el temerario que se aventure a la cósmica hazaña. Allí queda el tema para que algún dramaturgo genial se adueñe algún día de la satánica rebelión del gusano.

El doctor López de Mesa dilapida innumerables páginas de erudición y de críticas —paciente acumulación de papeletas bibliográficas— para demostrar que el señor Caro no era un filósofo. Empresa inútil porque sólo la cariñosa y fanática admiración de monseñor Carrasquilla pudo sostener lo contrario. La filosofía es el sazonado fruto de una cultura. Los pueblos de la América india no han tenido, hasta hoy, ni un solo filósofo; apenas si algunos aficionados sobresalientes, que se limitan a comentar su historia. Nos falta una evolución milenaria. Estamos en el período de los rapsodas. Las naciones que pueden ufanarse de un poeta universal, como Darío, no tienen ni el presentimiento de un Platón, de un Aristóteles, de un Kant, de un Spinoza. Acaso, tan solo, el mexicano Vasconcelos presenta un sistema, medianamente original, que pueda clasificarse en la historia de la filosofía. Los demás son copistas o discípulos más o menos audaces de los grandes maestros europeos. Escolásticos, comtistas, utilitaristas, kantianos, bergsonianos o neotomistas. Núñez, Caro, Cuervo, fueron todo lo que se puede ser en Colombia, menos filósofos. Y su auténtica grandeza no necesita del mentiroso panegírico.

Y como en el libro del profesor López de Mesa nada falta, hay también acentos de encendida ternura comentando la vida sentimental de sus próceres. "La presencia de la mujer, dice be-

llamente, es la que nos hace heroicos; en su ausencia somos crueles apenas". Y así demuestra que esta es la falla de la filosofía alemana, engendrada en lechos sin mujer: en la meticulosa celda kantiana, en el cubil de Zarathustra. Comentando esta frase de don Rufino José Cuervo: "Si Julia viviese....", se eleva a las alturas de la lírica:

"Y cómo obró en su alma aquella recóndita ternura? No sé yo y ya nadie lo sabe ahora. Mas sí sé que sobre la tierra de los hombres nada hay más hermoso que un silencioso amor oculto. La mujer y el amor, como Tanith, la diosa de Cartago, necesitan de un velo que recate su divinidad de la vista de los hombres, y guay! del que lo olvide.

Por eso encomio aquel callado amor de Amado Nervo, que por guardarlo, ileso lo acompañó al sepulcro. Por eso también Abderramán Califa, a los setenta años aún miraba hacia oriente, y cultivaba en sus jardines una palmera de Siria que le recordase las que susurraron cuando el destino le alejó, adolescente todavía, de aquella sultana, - apenas núbil entonces, y después eternamente núbil en el panorama de sus sueños".

Las cuatro veces que vio don Quijote a Dulcinea, y de soslayo, como dice don Miguel de Unamuno, fueron el manantial de su heroica locura. De un callado amor, nace, como está escrito en el poema de Altemberg, "la raza de los cánticos". Y no debe olvidarse la estrofa impeccedera de Keats escrita ante el idilio, cincelado en el frágil contorno de la urna griega:

**Tú, férvido amante, nunca
podrás darle un beso,
aunque te sonría el maduro
panal de su boca,
pero no te atristes, fresca
siempre, aunque fallen tus ansias,
la amarás sin término y tuya
será para siempre!**

El tema es eterno, pero el doctor López de Mesa le presta una soñadora belleza y una frase final que lo viste con un traje de primavera.

Imperdonable resulta el "guay" admirativo en un párrafo de tan luminosa tersura: como lo es aquello de que en Colombia "tenemos eruditos que saben una barbaridad", o el "knock-out" que corrobora el "golpe de gracia" dado por la fórmula einsteniana a la mensura del tiempo. Igualmente debieran suprimirse ciertos paréntesis donde el autor se burla de sí mismo para disculpar su erudición o para desmontarse de la estatua que pudieran fundirle sus biógrafos. Es una falta de respeto a los lectores afirmar que la victoria de Farsalia se debió a la deficiencia de la Vitamina C., a menos que se trate de vitamina César. Cuando se habla con tono magistral no son admisibles estas caídas que sólo se explican en la novela, en la comedia o en el diálogo, como lo hacía el señor Suárez, con incomparable donosura. Extraña falta de discernimiento en un espíritu tan maravillosamente dotado, que le resta unidad y armonía a una obra que mejor realizada sería digna de otros tiempos y de otras razas.

Lealmente hemos señalado los defectos que empañan el libro del profesor López de Mesa, porque entre los colombianos ninguno resiste como él los ácidos corrosivos de la crítica. Lo juz-

gamos severamente, por tratarse de un maestro y no de un aprendiz afortunado. Los defectos de los hombres superiores se ven más por su calidad excelente. Es claro que el doctor López de Mesa se ha creado un mundo propio y ha empezado por establecer las leyes que lo rigen. El sabe como ninguno qué dice y por qué lo dice. Pero esto no impide que lo juzguemos a la luz de los principios universales y de las preferencias que han orientado nuestra vida. En todo caso, este libro se lee con provecho y ofrece meditación para largos días. Es la obra de un pensador y al propio tiempo la de un artista.

FRANCISCO JOSE GONZALEZ S. J.

**CRITICAS AL PROFESOR
LOPEZ DE MESA**

EL DESCUBRIMIENTO DEL PROFESOR LOPEZ DE MESA

Por Francisco José González, S. J.

El 5 de marzo del presente año de gracia de 1944 apareció en las páginas literarias de *El Tiempo* y a petición de sus redactores un ensayo del profesor Luis López de Mesa: **Presentimiento de una nueva cultura universal**. Viene a ser la quinta esencia, densísima en ideas y sugerencias de las meditaciones de nuestro pensador durante los diez últimos años de su vida.

Los colombianos tenemos la fortuna de haber descubierto antes que nadie con el doctor López de Mesa, compatriota nuestro, el "núcleo germinativo" de la gran cultura del porvenir. Por más que nuestra modestia se sonroje y el mismo inventor lo entregue a su patria "como una ofrenda humilde de su vocación y de su afecto", ya lo tenemos y nadie nos lo podía disputar. "Esta es la diagnosis, dice, y este el índice de los argumentos a que en largas horas de estudio ha llegado respecto de la situación cultural de nuestra época".

Y como todos los grandes alumbramientos del ingenio humano, este del profesor López de Mesa surge de un "pensamiento original y sencillo", de una especie de intuición agustiniana. Al exponerlo a la luz en las páginas de un periódico y darle forma verbal, teme nuestro modestísimo pensador: "temo en mí y de mí la hi-

pérbole falsificadora". En un exceso de prudencia científica añade: "Muchos de esos argumentos pertenecen al orden lógico y tienen de suyo valor demostrativo; otros son prenociones apenas o porismas de alcance teorematóico que requieren confrontación con las leyes que rigen las ciencias físicomatemáticas y naturales para adquirir vivencia científica".

No se pueden pedir más precauciones a un descubridor y no me acabo de admirar suficientemente de los destinos de nuestra tierra, que en el orden político internacional produjo un proyecto de postguerra para armonizar los intereses de todas las naciones de los cinco continentes y en el orden filosófico, social y teológico, al profesor Luis López de Mesa a quien la humanidad futura considerará como su máximo profeta junto a H. G. Wells aunque a mucho mayor altura que este.

Quizá se explique la grandiosidad de miras del sabio colombiano por el hecho sencillo de haber nacido en el trópico que, como la antigua Jonia produce incendios metafísicos, y de haber ocupado la cancillería colombiana desde la cual, como desde una gigantesca atalaya se pueden avizorar ecuménicamente el pasado, el presente, el porvenir, el infierno, la tierra y el cielo.

Como los muchos lectores del doctor López de Mesa se sienten un sí es no es embarazados por su admirable lenguaje que será también el del futuro, saturado de términos de filosofía existencial, medicina, cirugía y sociología durkheimiana, me voy a permitir a mi vez con temor y temblor traducir al lenguaje corriente el descubrimiento del profesor López de Mesa aunque en mi descolorido lenguaje no tenga el es-

tremecimiento sibilino del original. Me resigno a ser un simple vulgarizador del evangelio del siglo XX el cual tendrá vigencia como dijo Hitler, que es colega de profecía del doctor López de Mesa, durante mil años, hasta que venga algún futuro catedrático de Guatemala o de Ponapé a orientar de nuevo la cultura, porque ya sabemos que la pequeñez de la patria no mengua la grandeza de los genios y el gran Aristóteles nació en Estagira de la cual sé de buena tinta que era poco más importante que Viracachá.

Como todo sabio, empieza el profesor por un hecho de experiencia; él es médico, está acostumbrado a estudiar las dolencias concretas del hígado y de la vejiga y por eso es realista. La humanidad actual padece de una enfermedad que aparentemente la conduce al estado de coma. Todos los grandes estadistas y jefes de religiones aseguran que el presente trance agónico tiene por finalidad conservar algo: unos hablan de la cultura occidental, otros de la democracia, otros de las normas morales y otros de la religión. No, dice el pensador-clínico, no se trata de conservar nada, porque nada puede ni debe ser conservado. Y no lo dice a humo de pajas sino que lo prueba, y aquí, según se me trasluce está la parte más sólida de su sistema, es decir aquel "pensamiento original y sencillo" que brotó al parecer milagrosamente como el bathybio y la mónera del cerebro incandescente del profesor.

La religión ha sido devastadoramente derrotada sin esperanza de supervivencia. Se trata de la religión que fue el nervio de la cultura occidental y que desaparecerá con ella. ¿Por qué? Porque el gran capitán de esa cultura re-

ligiosa, Jesucristo, si vio en realidad a Dios, cosa que el doctor López de Mesa ni afirma ni niega, no nos pudo comunicar su experiencia religiosa. Queda pues "cancelada la nueva alianza del rescate y de la gracia" por sentencia declaratoria de nuestro profesor. Ahora empieza otra alianza, ya definitiva, inaugurada por un colombiano porque no siempre le habían de tocar estas lóterias a Palestina. Pero en esa alianza no tiene ninguna parte Dios, al menos el Dios personal, infinito y trascendente de la antigua religión católica, porque "si de cierto existe un Dios personal en alguna parte del cosmos o meta-cosmos, no se ha hecho presente en la hora actual" que es cuando hace más falta y condena al dolor a seres y naciones que no son culpables.

Además esta idea de Dios es fruto de un desarrollo histórico muy neto: el primitivo se sintió anonadado por los truenos y los terremotos y parió un dios terrible ante el cual se echó a temblar como si tuviera cuartanas: fue el diálogo de Adán, no con algún ser extramental sino con su propia conciencia de primitivo. Ya crecida la humanidad se atrevió a discutir con ese supuesto ser superior y pedirle cuentas del mal y del sufrimiento: fue el diálogo de Job. Más adelante, en un desarrollo siempre ascensional armonizó por siglos su temor con otro aspecto del imaginado dios personal: la misericordia. Este fue un diálogo muy importante, el de Jesucristo, porque produjo una civilización bastante avanzada y muy bien definida por el doctor, con el calificativo de euroasiática.

Pero ahora ya la especie humana ha llegado a la mayoría de edad, a la plena conciencia

de sus poderes y hay cosas absolutamente innegables: "El hombre, se yergue ante el cosmos, sondea en su intimidad y trasciende sus fronteras, lo interioriza por el pensamiento en sustrato sutil, marcha con la luz y golpea con el rayo, cose las constelaciones con el hilo de su mente y recoge en un segundo de introspección la eternidad de las edades pretéritas y esto sí que es portento" y no los del Dios de la Iglesia católica que nadie ha visto.

Ha llegado pues el momento de arrinconar los juguetes que sirvieron a los niños para estímulo de su actividad y venida la plenitud de los tiempos, hace su aparición con Luis López de Mesa el verdadero dios que es el hombre. Algo de esto lo había sospechado Nietzsche junto con Spinoza, Hegel y otros sabios, pero nadie nos quita que la revelación salga de Colombia.

Fuera de este argumento sociológico-histórico hay otro filosófico-sociológico: Al depurarse la idea de Dios hasta llegar a hacerse infinito, se encontró en un callejón sin salida: Si Dios es infinito, no hay sitio en el mundo para otro que no sea Dios, o en términos más sencillos: el infinito más López de Mesa, suponiéndolo criatura según el antiguo esquema verbal, daría algo más que infinito, lo cual es contradictorio. Además, y aquí se revela el sociólogo, sea cual fuere la experiencia religiosa de Jesucristo, lo cierto es que ya no tiene vigor, ni mística, ni derroteros para iluminar al mundo. Es una religión fatigada y vieja que sobrevive, nos dice el profesor, "a guisa de ciertas leyes obsoletas de la administración nacional que sin haber sido expreso derogadas, no surten ya efectos,

no viven al presente en la vida actuante y real de la república”.

En efecto, el problema para el doctor López de Mesa se presenta diáfano y él lo expone con una claridad desacostumbrada y una gran fortuna de expresión: “Después de pensarlo muy prolijamente digo que el núcleo germinativo de una cultura es el concepto que el hombre tiene de su posición en la naturaleza, y que solo veo tres interpretaciones posibles de esa posición: o es el hombre criatura de Dios y todo el mundo intelectual gira en torno a esa divinidad creadora; o es un episodio fugaz dentro de una naturaleza indiferente como la conciben muchos escépticos y agnósticos, o el hombre en cuanto especie es un creador de naturaleza, una expresión progresiva de la deidad, un trance teogónico que día a día más y más se manifiesta y define en el curso de la historia”.

La segunda hipótesis le parece al profesor enteramente desdeñable porque nada tendría sentido ni inteligibilidad; habría que renunciar no solo a la vida de la inteligencia sino a toda vida y contentarse como Cratilo, de quien habla Aristóteles, con mover el dedo.

Puesto López de Mesa en la alternativa de escoger entre ser criatura o ser dios, opta humilde pero resueltamente por lo segundo. Yo no sé qué hado maléfico persigue a nuestro compatiota para que muchos lo tachen de nebuloso, ininteligible, laberíntico y hasta pedante en su elocución. Nada hay más sencillo que su sistema: todo se reduce a una cosa, llamémosla así, un dios en trance de manifestación puesto que “no hay divisiones insalvables entre las especies del ser”. El tocino y los pensamientos de Pas-

cal, un molusco y Napoleón Bonaparte, todo es lo mismo. "Uno y todo" repite con el viejo Xenófanes. Nada, nos dice, "tiene virtud de creación en sí, nada es fuente de ninguna novedad esencial". La multiplicidad aparente de las cosas, un geranio, una ametralladora, el doctor López de Mesa, se debe a algo accesorio: la diversa posición del átomo y el número o armonía. La conjugación de diversas posiciones, con el número o armonía entendida a la manera de los pitagóricos, produce cosas relativamente nuevas porque esa sola entidad en una evolución constante ha llegado por su posición atómica y su armonía a manifestarse plenamente en el hombre como la suprema divinidad. El mundo del futuro no es sino la expresión avanzada de esta célula germinativa ideal, la conciencia del futuro, la reflexión hacia dentro de esta situación privilegiada de creador y la moral, una adhesión incondicional a este trance teogónico del mundo, o sea, cuanto ayude a la deificación del hombre, será bueno, cuanto lo aparte será malo.

Solamente ve el profesor López de Mesa un país donde los nuevos postulados de equidad se hayan comenzado a implantar. Tal vez sea un prenuncio feliz del mundo futuro: ese país es Rusia.

Resumamos el descubrimiento colombiano con las propias palabras del inventor extremadamente nítidas: la cultura católica no fue capaz de darnos la razón íntima "del grandioso fenómeno de la vida y la aisló del mundo material; pero si se la considera como una manifestación especial del ser, como la revelación de una categoría y potencia suyas, no se romperá la concatenación fenomenológica del mundo". Es decir, Dios, el ser humano y el universo vienen

a simplificarse en una sola cosa que podríamos llamar con Bergson, Le Roy, Vacherot y otros precursores de López de Mesa, el devenir. Este es pues el mayor esfuerzo especulativo moderno y la cima a donde convergen las esperanzas, deseos y meditaciones de los hombres desde Lao-Tseu, Zoroastro y Tales de Mileto hasta don Luis López de Mesa.

Ya en posesión del núcleo germinativo de la nueva cultura, de esa síntesis sencillísima, en que reposará el espíritu de las nuevas generaciones por unos mil años, lo demás es tortas y pan pintado. Se explica el completo desbarajuste de toda la filosofía tradicional. Por ejemplo, la noción de causa y efecto es un juego de palabra o *flatus vocis*. El doctor vio una vez una cinta cinematográfica que se desarrollaba en sentido inverso y tuvo otra intuición parecida a la del núcleo germinativo: las cosas van unas detrás de otras, pero no unas por causa de las otras y lo mismo pudieran ir en un sentido que en el contrario. Digámoslo en términos más sencillos: cuando el general Uribe Uribe cayó herido de muerte junto al capitolio, la cultura euroasiática pensaba que la causa eficiente de la catástrofe era un Galarza y un Carvajal que con hachuelas habían dado muerte al general. ¡Qué ilusión! La cultura Lópezmesánica solo ve un fenómeno detrás de otro y no podrá exigir responsabilidades a las supuestas causas eficientes. La prueba es que dándole al manubrio a la inversa puede resultar que la llamada causa eficiente de los hachuelazos resulte el propio general Uribe.

Esto del ser y de la nada, el viejo principio de no contradicción también pertenece a los esquemas archivables. La ciencia en la que to-

davía cree el penetrante clínico que ausculta a la especie humana en su lecho de espinas, lleva peligro de atemorizarse en mil especializaciones variadas: con el ábrete sésamo del profesor, las cosas cambiarán y algo bueno nos predice acerca de la medicina del futuro. El arte derrotado también y sin fuerzas, tendrá nueva vida con el núcleo germinativo.

Verdaderamente nos quejamos de balde al hablar del alto costo de la vida, de las dolencias del hígado y de las huelgas, y una racha de optimismo triunfador atraviesa la posición y el número de nuestro átomos componentes. El pequeño problema por resolver es la actitud que tomará la antigua y obsoleta filosofía y la antigua y obsoleta religión respecto a la edad futura; porque como todavía pueden mucho en los espíritus, apresurarán o harán más lento el ritmo transformativo.

En próximos ensayos concedamos a entrambas la oportunidad de intentar ante el tribunal del doctor López de Mesa un último y desesperado ensayo de apología antes de desaparecer. Nada se pierde porque su suerte está sellada. Como la filosofía del ser representada por Aristóteles, profundizada, repensada y rectificada por Tomás de Aquino, se contentó con buscar siempre la verdad o realidad y no la originalidad, mucho me temo que mire con sobrecejo una idea tan nueva. También temo algo de la Iglesia que ha calificado sistemas igualmente originales con los feos nombres de panteísmo inmanentista, modernismo, relativismo y evolucionismo, condenándolos por erróneos, suprahéréticos y empecatados. Esperemos.

LAS ILUSIONES DE UN PROFESOR PANTEISTA

En dos ensayos: **Presentimiento de una nueva cultura universal** y **Cuatro diálogos del hombre con Dios**, ha trazado el doctor López de Mesa las líneas maestras de su pensamiento filosófico.

Lo que está en tela de juicio, lo que el razonamiento del profesor no dirime, es si su dolorido epitafio acerca de la cultura eurasiática, debe colocarse sobre la tumba de la filosofía tradicional, o sobre la del pensamiento moderno, que perdiendo el rumbo de la objetividad a partir del **cogito** cartesiano, ha sumido al intelecto en la inmanencia, a la sociedad en la anarquía, a la ciencia misma en la atomización; y a la moral en el más feroz pandemonium utilitario.

Lo que muere por inconsistente y contradictorio es la filosofía moderna y sus **ersatz** religiosos de todos los matices. Únicamente una ilusión de óptica intelectual puede explicar por estrabismo el cambio de planos, de la consideración muy penetrante en ciertos aspectos, del profesor López de Mesa. El pensamiento moderno ha conquistado verdades, ha hecho análisis sutilísimos, se le deben hallazgos parciales, planteamiento de nuevos e interesantes problemas, pero sus líneas maestras van a desembocar en el absurdo, y solamente tendrán vivencia tales descubrimientos dentro de la filosofía del ser.

Con todo, el interés humano de los dos ensayos aludidos, proviene de que el doloroso inventario hecho con sagacidad por nuestro profesor, viene a ser una contraprueba palmaria de los puntos de vista tradicionales. Con la supre-

sión de Dios parece también el principio de no contradicción, y con él la inteligencia humana. No se puede negar la primera verdad en el orden ontológico, sin que perezca la misma inteligencia y sin que en la puerta de la filosofía moderna se asiente la locura y el absurdo.

No pongo en tela de juicio el talento de un hombre admirado por muchos como sociólogo, político, filólogo y orador académico. Una grande inteligencia puede incurrir en errores igualmente grandes.

No dudo, por ejemplo, de la fuerza muscular desarrollada por un mozo de cordel que con una tonelada de peso a las espaldas, sube hasta la iglesia de Monserrate, aunque sé que tamaño despliegue no conduce a nada. Supongamos que un gran sociólogo parta del siguiente principio: "Europa no existe", y de ahí, con grandes esfuerzos dialécticos y lujo deductivo, explique a su manera, por el maquiavelismo de los gobiernos americanos, la carestía de la vida, el desplazamiento de ciertos renglones industriales, y el movimiento de las cancillerías. Podrá tal pensador hacer esfuerzos inauditos y acertar en observaciones parciales de aguda penetración crítica, pero todo el sistema estará carcomido por un error fundamental. Un minero muy hábil puede hacer prodigiosos túneles en la roca viva, sin dar con el filón de oro; la filosofía pretende encontrar ese filón dorado de la verdad, y no exhibirse en originales virtuosismos.

El doctor López de Mesa es, perdonando la comparación, ese ganapán cuya fuerza nadie pone en duda, ese hábil minero que no encuentra el filón, ese sociólogo iluso de mi cuento. Conviengamos eso sí, en que aún dentro de su ex-

traviada filosofía, López de Mesa es el gran señor de inmensa lectura,, de atildado estilo y de sorprendentes atisbos laterales.

Si no tuviéramos a Bergson, Le Roy y Gentile, tal vez a Ortega y Gasset, aunque menos profundo que los anteriores, López de Mesa sería un verdadero fenómeno entre las gentes latinas. Es el único caso notorio en nuestro país de un pensador que mira la filosofía escolástica y la Iglesia Católica desde territorio tan lejano como Saturno o la Osa mayor. Somos tan extraños a él, que no comprende nada de nuestra fe, de la cual no vive quizá desde su primera juventud. El pertenece a otro mundo radicalmente distinto del católico, el de Hegel, y habla una lengua muy ajena a la nuestra, aunque a veces pueda emplear los mismos términos. De aquí su ingenua admiración al ver que su ensayo sobre don Miguel Antonio Caro, a pesar de sus esfuerzos muy sinceros, por hablar en cristiano y comprender al gran católico, dejó en todos un acre sabor de heterodoxia y desadaptación.

Pío X en su encíclica *Pascendi*, notaba que los modernistas; o sea, los defensores de un catolicismo inmanentista, usaban las palabras fe, revelación, dogma, experiencia religiosa y otras, con un significado muy distinto del de la Iglesia. Cuando López de Mesa nos dice que la futura "sociedad de los espíritus será católica", no se refiere ni por semejas a nuestra vieja Iglesia, ni el espíritu es lo que nosotros entendemos por esta palabra, ni su dios es nuestro Dios personal, infinito y trascendente. El piensa: el filósofo realista conoce. El habla de filosofía: el verdadero filósofo habla de las cosas.

Una refutación completa de su sistema no cabe en un artículo de revista; pide un libro

entero, porque el pensamiento evolucionista se presenta como una síntesis coherente y orgánica de toda la realidad. Además, sería inútil, porque es un trabajo hecho en monografías, e innumerables revistas especializadas, por pensadores católicos de primer orden.

Solo quiero subrayar algunos paralogismos de nuestro profesor, los cuales anulan sus conclusiones respectivas no solo a la Iglesia, sino al pensamiento tradicional.

¿Cuál es la armazón del evolucionismo ascendente, fatal y constante, que a partir del átomo primitivo llega hasta transformarse en Dios? O por lo menos, ¿en qué se funda la "evolución creadora"?

Al abrir el muñeco, solo encontramos una serie de postulados sin pruebas, y en muchos casos abiertamente contrarios a los hechos. Si esto para cualquier pensador es pecado de lesa filosofía, para un positivista es falta irredimible.

¿Quién ha demostrado que toda la realidad esté constituida por una sola fuerza y que el mundo no es la obra de un Creador personal? Primer postulado indemostrable: el monismo.

¿Quién ha aducido una razón concluyente para demostrar el paso natural y gradual de la materia inorgánica a la materia organizada y viviente? Segundo postulado: la generación espontánea inasimilable al organismo intelectual de todo pensador y más de un médico.

¿Quién ha demostrado que el hombre, con sus ideas y sus sentimientos no es sino un derivado del animal y que no hay otra diferencia entre mi perro y yo, que algunos grados de complicación?

Tercer postulado: identidad de origen y de naturaleza entre el hombre y el animal.

Nadie ha demostrado que los pueblos salvajes son los fantásticos "primitivos" próximos a la animalidad. Monseñor Le Roy con la autoridad del misionero que vivió veinte años entre los Bantúes, escribió a Salomón Reinach: — "Los primitivos o salvajes que le hacen falta a usted para probar sus tesis, no existen en ninguna parte" ..

¿Por dónde se prueba que todas las cosas se encadenan inflexiblemente, que no hay libertad ni en el origen ni en el gobierno del mundo ni en los destinos individuales? Cuarto postulado: el determinismo universal.

¿Alguien ha probado el progreso indefinido? Hasta el momento se puede apreciar el progreso en la formación de los mundos, en el dominio de la tierra y aun, concediéndolo todo, en las ideas y costumbres. ¿Pero el movimiento iniciado durará siempre? ¿Quién me garantiza el porvenir? Ni el panteísmo, ni el materialismo, ni el agnosticismo de tinte ya empírico, ya idealista, tienen razones para hacerme creer en el progreso indefinido, y solo un Dios sabio, poderoso, amigo de los hombres y deseoso de su bien, puede asegurarlo.

Colocándonos en un plano materialista: ¿por qué la humanidad, privada de las doctrinas morales que han sido su nervio y su sostén, no puede tornar a la barbarie y al estado de guerra permanente?

Pero seamos optimistas como Pangloss. Los hombres continuarán sus progresos científicos y su elevación moral. Hay un pequeño inconve-

niente para la deificación del hombre: nuestro frágil planeta depende de mil fuerzas oscuras y terribles. Tal vez mañana un imperceptible cambio de dirección producido en cualquier parte del universo vendrá a entorpecer la marcha de nuestro sistema. Todas las posibles catástrofes reducirían a polvo en un momento nuestros museos y bibliotecas, nuestras máquinas sapientísimas y a nosotros mismos, y seríamos víctimas de un choque insignificante dentro de las incalculables energías del cosmos.

Quisiera saber con qué razones, los partidarios del progreso indefinido y de la deificación del hombre, anulan estas posibilidades.

Pero hay algo mejor. Suponiendo que el universo prosiga su curso natural sin incidentes desagradables de tránsito con las constelaciones, nuestros físicos y astrónomos prevén una época en que faltarán las condiciones necesarias para la vida (1).

No solo los individuos mueren, sino que la misma especie desaparecerá; profetizar en estas condiciones la evolución indefinida, es poema, es ironía, es novela, es todo menos filosofar. Es tender violentamente los datos científicos y la razón, en el lecho de Procusto de los deseos. Esta dogmática evolucionista puede muy bien hacer mofa de nuestra fe en Dios, Verdad infinita, pero sus creencias se adhieren al absurdo puro y neto.

Si el doctor López de Mesa no es un gran filósofo, nadie le puede arrebatarse la gloria de ser un iniciador de la novela científica en Co-

(1) Cfr. H. Faye: *Sur l'origine du monde*, c. XV.

lombia, según la frase aplicada ya en 1895 por Brunetièrre a Haeckèl y a Darwin.

Me refiero evidentemente a la filosofía evolucionista; hay una evolución, llamada comúnmente transformismo, y limitada a las plantas y a los animales. El transformismo no es filosóficamente insostenible, y ni San Agustín ni el Angélico se sentirían cohibidos al admitirlo. ¿Pero ese transformismo, así limitado, es real o no? Cuestión de hecho que deben zanjar los naturalistas.

Las consecuencias morales del evolucionismo inmanentista exigirían capítulo aparte. La moral en un sistema fatalista, que niega la personalidad humana y la libertad, es un lujo inútil. Si somos manifestaciones de Dios, todo se justifica, todo es santo y bello. Si somos el término de un progreso ineluctable, no hay libertad. El robo y el adulterio, las guerras y los asesinatos individuales, la opresión del menesteroso y la más desenfrenada lascivia, todo es ineludible y justo. Es un anillo de la evolución. Muchos filósofos de esta corriente han expresado con honrada ferocidad todas estas conclusiones. Hitler no es sino un discípulo activo y aventajado de Nietzche, el mesías de manicomio. A medida que en los pueblos prendan estas ideas, tendremos el imperio de la selva. Con la más atrayente dulzura y los más señoriles modales, se pueden decir cosas repugnantes y crueles.

Aunque el doctor pretenda regresar al realismo, se lo impide todo el peso muerto de sus hábitos mentales fenomenológicos, y sumido en la inmanencia, fuera de la cual no acierta a dar un paso, está condenado a la interna contradicción de filosofar de manera idealista, y diagnos-

ticar sobre los hechos sociales en forma realista.

El pecado original de la filosofía moderna es la solución falsa del problema gnoseológico. Un pequeño error en el principio conduce a inmensos dislates en las últimas consecuencias, como la milimétrica abertura de un ángulo, hace que la distancia de sus lados crezca desmesuradamente a los cien kilómetros.

Para convencernos basta reflexionar en que el moderno panteísmo pasó de la forma ontológica a la evolucionista, de la filosofía del ser a la del devenir, por un puente agnóstico.

Spinoza, de acuerdo con los eleáticos, afirmó en la proposición sexta de su Ética: "El ser substancial es no solamente unívoco, sino único". Este panteísmo estático y suprarrealista, proviene de la pretendida intuición del ser substancial único, o sea, de un error gnoseológico. Al negar la existencia de las sustancias finitas y de sus actividades propias, niega el mundo mismo y lo absorbe en Dios. Lógicamente debía volver al monismo puro de Parménides y decir: No hay sino un solo ser inmutable, y la multiplicidad y el devenir son pura ilusión: a la experiencia hay que preferir el principio de contradicción y de identidad.

A esta forma ontológica de panteísmo se opone, al parecer radicalmente, el agnosticismo, ya empírico, ya idealista. Contra Spinoza nigan los agnósticos toda intuición intelectual. Hume, Stuart Mill y los positivistas, reducen la idea del ser a una imagen borrosa acompañada del nombre de ser. Los primeros principios de la inteligencia y del ser, son asociaciones empíricas renovadas frecuentemente y confirmadas por la herencia. Los

principios de contradicción, identidad y causalidad, son sin duda necesarios al razonamiento como las leyes de la gramática, pero no trascienden el orden fenomenal ni la experiencia sensible. Luego no puede ser demostrada la existencia de Dios, causa primera y trascendente. El silogismo se convierte en una inferencia verbal sin fuerza probativa porque la mayor no es ni puede ser una proposición universal. Tampoco la inducción adelanta un paso, y así se llega al viejo nominalismo absoluto radicalmente opuesto al ontologismo panteísta.

Kant, despertado por Hume de su "sueño dogmático" no quiere caer en las redes de Spinoza, y en su sistema procura conciliar los datos más seguros de la conciencia filosófica, o sea la necesidad y universalidad de las ideas negadas por el empirismo, con los principios mismos del positivismo. Reducida la idea a una categoría mental meramente subjetiva pero necesaria, la causalidad, la posibilidad, la necesidad se justifican y ordenan los fenómenos caóticos de la experiencia interna y externa para constituir una ciencia objetivamente necesaria.

Pero como el objeto de la inteligencia es el concepto mismo y no el ser extramental, la razón especulativa no puede demostrar la existencia de Dios. El panteísmo estático de Spinoza decía: no hay necesidad de demostrar a Dios porque lo intuimos en la *natura naturata*. Kant y los empiristas dicen: la demostración es imposible.

La reacción positivista contra Spinoza y la intentada conciliación kantiana de la intuición intelectual con el empirismo, condujo de hecho a una forma de evolucionismo panteísta opuesto a la forma ontológica de Spinoza y Parménides.

Es decir, el pensamiento moderno pasó por las tramoyas del celestinaje agnóstico-sensualista, del ser al devenir.

Esta transición se hizo notable en el sistema de Fichte por la crítica del kantismo. La aplicación arbitraria de las categorías a determinado grupo de fenómenos fue para él la prueba de la debilidad kantiana. Pero imbuído en el agnosticismo subjetivista, quiso evitar este escollo absorbiendo los fenómenos en el yo. El sujeto produce inconscientemente el objeto correlativo o no-yo. Fichte, de acuerdo en esto con el doctor López de Mesa, considera que la inteligencia individual es algo muy débil para tenerse en cuenta en operaciones de tanta envergadura, y acude a la razón de toda la humanidad o del hombre en cuanto especie. Esta razón universal es práctica, concibe y realiza el orden moral, constituye poco a poco el derecho natural, el derecho civil, el penal, las ciencias, la filosofía y las religiones; es el dios viviente y verdadero, es la humanidad en evolución.

El evolucionismo panteísta procede pues de la raíz dañada del agnosticismo, porque el principio de explicación de los fenómenos no se buscó en un orden trascendente a causa del prejuicio agnóstico y hubo de recurrirse a la propia conciencia o subconciencia que pasa progresivamente de un conocimiento espontáneo y confuso a una ciencia distinta y extensa. Esta evolución creadora, tiene en sí misma su razón de ser, y no tiene necesidad de una causa superior.

El panteísmo evolucionista se precisa con Hegel, para quien el progreso del espíritu y de las ideas es el ejemplar y la causa de todas las cosas. El anatema del Concilio Vaticano fulminó todas estas clases de panteísmo ascendente.

Hoy día no se expone el evolucionismo panteísta en la forma intelectual y geométrica de Hegel, sino a la manera empírica y existencial del doctor López de Mesa y de Bergson. Aunque este último admitiera un Dios trascendente, no se trata de su persona sino de su sistema. Sus alegatos y algo de lo que dice López de Mesa como "porismas de alcance teoremático", viene a ser una moderna edición de Heráclito, así como Spinoza había puesto al día las doctrinas de Parménides. Se trata pues, de sistemas refutados plena y satisfactoriamente por la humanidad pensante veinticinco siglos atrás, o sea de la filosofía rudimentaria de los jónicos y eleáticos; tan cierto es que seguimos progresando.

El panteísmo ontológico tendía a negar el mundo; el evolucionista parte de la consideración del mundo o de nuestra conciencia, para negar a Dios y absorberlo en el mundo. Todo panteísmo se ve condenado o a negar el mundo y chocar con la experiencia, o a negar a Dios y chocar con la razón.

Esta misma oposición de formas panteístas pone de relieve el absurdo y la confusión de los sistemas. La historia de las ideas demuestra que se pasa de la forma estática a la dinámica, por medio del agnosticismo. Las tres concepciones se refutan mutuamente.

Los errores opuestos entre sí proceden por lo general de una misma ignorancia: aquí del desconocimiento de la polivalencia del ser llamada por los antiguos analogía y epistemológicamente de la falsa concepción de la idea o del universal. El viejo error nominalista reaparece en todos estos sistemas. El ser como opuesto a la nada es un nombre equívoco o *flatus vocis* según el panteísmo evolucionista. En esto Hegel

es secuaz de Heráclito. Hay una identificación entre el ser y el no ser dentro del devenir universal. El doctor López de Mesa lo recalca; no hay ninguna verdad absoluta; la verdad de ayer es el error de mañana. El arte, la religión, la ciencia, concilian en su seno la contradicción.

Admitido el devenir, los individuos no pueden ser sino momentos de la evolución general, y por este lado reaparece el realismo absoluto por la negación de las sustancias individuales, como si los diferentes hombres no fueran sino modos o manifestaciones transitorias de la humanidad universal en perpetua evolución. El profesor colombiano llega en este suprarrealismo a identificar por los átomos y el número cuanto existe en el universo.

Aristóteles encontró la plena solución de las antinomias aparentes entre la idea y la experiencia: el universal no existe formalmente como universal, sino en el entendimiento, pero se funda en las realidades diversas cuyas similitudes reales expresa. Se trata de aplicar a la noción fundamental del ser y al principio de no contradicción o de identidad las tesis del realismo moderado, a igual distancia del nominalismo conceptualista y de los excesos del realismo absoluto que confunde la inteligencia humana con la de Dios.

En el libro IV de la Metafísica argumenta el Filósofo contra Heráclito, sostenedor según parece, del evolucionismo universal e impugnador del principio de contradicción.

En tal supuesto, las palabras y los discursos no tienen ya ningún sentido determinado, porque lo mismo pueden ser que no ser. El pensador evolucionista se verá reducido a la condi-

ción de Cratylo, que sin afirmar nada, se contentaba con mover el dedo. Es decir, hay que renunciar a la vida de la inteligencia y hacerse omoios fito.

No existiría ninguna esencia, naturaleza o sustancia determinada. Todo se confundiría en un devenir sin sujeto, en un fluido sin líquido, en un vuelo sin alas, en una corriente sin razón de ser y sin finalidad ninguna, en la cual lo más perfecto sale de los menos perfecto, y Dios camina de sorpresa en sorpresa.

Suprimido el principio de contradicción, el movimiento mismo es imposible, porque no sería más verdadero decir que el punto de partida es el de llegada y entonces López de Mesa habría llegado antes de partir. Lo mismo daría decir que el devenir existe o que no existe. Igualmente verdadero o falso sería salir de Atenas a Megara o de Megara a Atenas. El imaginado flujo sería la inmovilidad y la nada.

No existiendo ninguna diferencia entre el ser y el no ser, entre el bien y el mal, desaparecería todo deseo y toda aversión. No habría motivo para desear una manzana o rechazar un veneno.

En fin, no habría grados entre los mismos errores y serían todos igualmente insensatos, porque toda norma habría desaparecido.

Nos vamos alargando excesivamente. Quisiera para terminar, que se disipara una romántica ilusión de nuestro admirado compatriota: él piensa tanto, hace tales esfuerzos, "teme desquiciar su pensamiento en alocados esfuerzos de resumen", que no parece sino que está produciéndose en su cerebro el alumbramiento de la edad futura. Desgraciadamente, el descubrimien-

to de esta clase de pólvora estaba ya hecho y muy bien expresado por William James, Bergson, los idealistas alemanes, Giordano Bruno, Spinoza, y antes de ellos, muchos siglos antes, por los jónicos y los eleáticos.

El doctor López de Mesa puede pues, descansar y evitarse el ponderoso esfuerzo de gestar la cultura del porvenir.

Si hay tiempo y vagar para otros apuntes, veremos que la escolástica se ha remozado al contacto de las ciencias naturales, que no sólo se ha hecho una crítica muy aguda y decisiva del pensamiento moderno, sino que se ha proseguido en la construcción orgánica de la filosofía perenne de cara al sol y al aire, en numerosos centros universitarios de Europa y América, en mil revistas modernísimas en que se estudian con sinceridad todos los sistemas, en libros admirables y llenos de vitalidad de nuestra misma joven América. La filosofía tradicional ha salido de la prueba rejuvenecida y fuerte, y mira el porvenir con serena tranquilidad. Todos han trabajado para ella y sin apresuramientos va insertando en su síntesis imperecedera toda partícula de verdad de cualquier filosofía, no por mediocridad ecléctica, sino por la altura de sus principios, que dominan la realidad y concilian en su elevación las aparentes antinomias.

El doctor López de Mesa, desde su retiro solitario de la Osa Mayor, no ha tenido tal vez oportunidad de seguir el movimiento intelectual católico de Lovaina, París, Montreal, Milán, Roma y Buenos Aires.

LOPEZ DE MESA, DRAMATURGO

(A propósito de su obra "Caro y Cuervo")

El último libro de López de Mesa tiene poco que ver con Caro y Cuervo a pesar de su título y de sus cuatrocientas veinte páginas. Los dos grandes de Colombia, le sirven apenas de marco para exponernos en forma aguda, amarga y desmadejada su propia y personal tragedia interior. Eso sí, él no necesita calzarse los guantes para ser todo un caballero. Discretísimo conversador, según cuentan, y cuando se propone, razonable estilista, al contemplar el derrumbamiento de un mundo, desde la cumbre de sus sesenta inviernos, se siente acosado por la obsesión de lo divino. Cómo trasuda por penetrar la evolución del dogma, la historia comparada de las religiones, la explicación de la fe en los grandes intelectuales llegados hace poco al Vaticano, la fórmula religiosa de la nueva edad y cómo todo esto lo conturba, lo inquieta y no acaba de encontrar una clave. Lo de menos es Caro y Cuervo; lo de más es la patria tan amada por él, y es la muerte y es la esencia y la existencia y es la lucha entre Dios y el diablo.

Desgraciadamente, la preparación de López de Mesa para afrontar estos problemas arduos, no tiene ni la profundidad ni la solidez que todos deseáramos. Ya no puede contar con el entusiasmo lírico de Renán para pedir a la ciencia un orden, una paz, un progreso indefinido y ascendente. Los autores idealistas de su juventud van declinando ante la fenomenología y la axiología contemporáneas que buscan el viejo camino de la intencionalidad y de los fines, aunque con nombres más retumbantes. El último congreso cartesiano de París, en el cual fue ente-

rrada con todos los honores la filosofía kantiana, debió ser un golpe grave para esa mentalidad de principios de siglo. Lo único que le queda es su inmensa y rápida lectura de la crítica racionalista en torno a la evolución dogmática, su amor a los métodos de Welhausen para interpretar la Escritura y no tuvo ni ocasión, ni paciencia, ni tal vez voluntad para enterarse de las derrotas sufridas por esas escuelas y del victorioso avance de los sabios católicos en el campo de la exégesis crítica en los últimos veinte años. Su interpretación, pongamos por caso, de la contienda trinitaria y de la obra de San Atanasio, es de una puerilidad aterradora.

La filosofía antitradicional lo invadió en temprana edad, aunque no de manera muy sistemática ni profunda. Gran elogio tributa a la generación del centenario, para él la más importante, la más generosa y abierta. Los centenaristas, dice, ansiosos de apoderarse del mundo intelectual, lo leyeron todo, recibieron todos los influjos y su cualidad predominante fue la curiosidad. Suponiendo que así sea, nos ha dado la definición del diletante, a quien estimo en lo que vale, porque una inmensa multitud semiletrada encuentra en él estímulos para pensar y leer. No sé por qué cuando recorro las páginas del último libro del profesor, escrito en estilo culterano, atestado de anacolutos y prótasis truncas, hirviente de tecnicismos innecesarios y en veces mal aplicados, me asalta la imagen del diletante y vislumbro que muchas de sus citas pedantescas y de sus estrafalarios términos, no tienen más objeto que épater les bourgeois.

Pero me arrepiento pronto del juicio temerario. Es un libro sincero. La filosofía, que tie-

ne su punto de partida en el **cogito** cartesiano, logró murar un alto ingenio dentro del oscuro calabozo de la inmanencia. Una vez allí, cerrado a cal y canto para no encontrarse con el ser extramental finito y contingente por el cual podría subir al infinito, en lo más esquivo de su conciencia vacía del ser, buscó a Dios, el mundo, el alma y las fuentes recónditas de la ley moral y de la vida. Pero como su alma exige lo absoluto al par de todo el que piensa y siente, como no puede prescindir de las esencias y leyes objetivas porque sería un atentado **contra naturam**, como sus estudios de medicina y sociología le imponen fuertemente lo real, y como no supo rectificar a tiempo el camino, el resultado es una mezcla informe de empirismo materialista y panteísmo, de idealismo y trascendencia, de agnosticismo escépticamente humilde y de afirmación arrogante de que

**Yo soy Dios, tú eres Dios,
todos lo somos.**

Este es un modo de decir que Dios no existe. Porque si el jefe de la gestapo, la loca Margarita y el sifilítico del hospital son Dios, el culto y la adoración resultan imposibles. Puro ateísmo balbuciente y disfrazado.

Es un libro triste. En realidad no le queda otro camino que el del solitario de Sils María y ya está viejo para desandar una ruta que solo conduce a la contradicción incesante y al caos.

Lástima de López de Mesa; en cada página se advierte la duda, la pugna interna, la angustia del que busca y no encuentra, y cómo ha de encontrar si la filosofía de la inmanencia le hizo desde hace muchos años la más definitiva mutilación intelectual que puede sufrir un hom-

bre, al cerrarle todos los caminos del ser, adoc-trinándolo con el humanismo ateo y clausurado en círculo a los influjos de lo alto.

Efectivamente; los momentos racionales de cualquier religión revelada se desvanecen ante su vista, y las etapas de exclusivo razonamiento filosófico necesariamente anteriores a toda aceptación de fe, ya son para él imposibles. El juez, antes de tener fe científica en los testigos, pasa por la etapa experimental de cerciorarse directamente acerca de su ciencia y veracidad. Algo parecido sucede con la revelación divina. La razón es la que en última instancia debe juzgar y admitir, sin ninguna intervención del dogma, la existencia de un Dios personal y del hombre como ser individual y libre; debe juzgar y admitir la superioridad de Dios y la consiguiente sujeción del hombre, de donde se sigue la obediencia debida a la verdad inmutable y a la perfección suprema, de la cual está pendiente hasta el fondo más íntimo de su ser y de su obrar; de la libertad divina fluye lógicamente que Dios pueda concretar la forma de culto o religión, y entonces la sola razón natural, armada con todos los auxilios de la crítica más exigente, debe examinar si se ha producido el portentoso hecho de la revelación que cambia la historia del mundo, sin que en este momento intervenga para nada el dogma.

Todas estas etapas son exclusivamente racionales; pero una vez obtenida la certidumbre moral propia de los hechos históricos, de que Dios habló, el hombre debe acatar con toda su alma las verdades que proceden de la Verdad primera, las cuales no podrán contradecir, aunque sí superar a la inteligencia humana.

Imposible, aun después de aceptada la revelación, admitir absurdos, imposible la atonía intelectual, porque hay un inmenso campo, no sólo en las ciencias y la filosofía, sino en la teología, para la razón humana que se amplía y esclarece con nuevos horizontes, armoniza los datos de la fe en una gran síntesis intelectual y ahonda en problemas antes insospechados.

Claro está que es lícito al católico, ya en posesión de la verdad revelada, emplear la duda metódica y revisar todo el proceso puramente racional anterior a la fe, así como el matemático, bien seguro de un teorema, puede dudar metódicamente y desarmar pieza por pieza una demostración abstrusa.

El teólogo posee dicha certidumbre moral en estado científico y por eso puede exponerla y defenderla victoriosamente, mientras en el simple fiel se encuentra en forma precientífica o vulgar, no menos firme y segura, pero sin posibilidad de expresión, defensa y análisis. Cuando un labriego posee su pequeño fundo con títulos legítimos, tal vez se sienta incapaz de responder a las objeciones de un hábil leguleyo y no por eso deja de tener certidumbre racional, aunque vulgar, de la validez de sus derechos.

Sería estulto que un católico en posesión de la verdad religiosa, admitiera realmente la duda, como sería anticientífico el que cualquier profesor de derecho dudara realmente de que el hijo pueda matar a su padre por el solo gusto de verlo revólcarse en su sangre. Tal cuestión se puede dilucidar, probar y exponer científicamente aplicando la duda de método tal y como lo hace Santo Tomás en la Suma. Dice, por ejemplo: "Parece que Dios no existe", y expone honradamente los argumentos del ateo

para resolverlos luego con gran lucidez, sin que por un momento haya dudado en su fuero interno de la existencia de Dios. Sería monstruoso que se negara al profesor López de Mesa el carácter racional y científico de sus conocimientos de historia, porque no puede dudar de manera real sino metódica de la existencia de Bolívar y Napoleón a quienes sólo conoce por fe natural y no por trato directo.

Todo esto es letra muerta para el autor y por eso le niega a Caro su carácter de filósofo.

Más aún, al aprobar y recomendar la Iglesia católica el sistema escolástico-tomista, sólo asegura que este sistema es coherente y conforme a los dogmas. No define que sea verdadero en todas sus partes, ni que sea la única filosofía compatible con el catolicismo. Deja por lo tanto margen a una concepción racional del mundo, de Dios y de la religión, diferente de la escolástica en sus métodos y principios, con tal de que no contradiga y antes bien se compagine con los dogmas revelados.

Así pues, un sistema de las relaciones entre la filosofía y la religión positiva del cristianismo que salve la posibilidad del conocimiento de Dios por la razón natural, previo a la revelación positiva y no admitido por un sentimentalismo ciego sino por motivos intelectuales, que salve la posibilidad de verdades superiores a la capacidad cognoscitiva del hombre, aunque no contradictorias al entendimiento, es una filosofía que está dentro del catolicismo, y aunque no sea la de Santo Tomás. Ahí tenemos a Gratry, Blondel y Marechal que abren otras rutas sin que hasta el presente hayan sido condenados.

López de Mesa se imagina que el descubrimiento de los electrones acaba con la Iglesia,

cuando ni siquiera destruye la cosmología tomista según lo demuestra un físico de la altura de Hoenen.

Tragedia dolorosa de un alto espíritu que sufre de daltonismo para todo lo que signifique un orden ontológico del cosmos. No comprende ni ha comprendido nunca nada de la Iglesia, ni lo que es y representá el cristianismo en el mundo, ni mucho menos el alma infinitamente segura y cristiana de Caro y de Cuervo. Amables páginas alrededor de la vida casera de don Rufino José; digresiones cordiales en torno a la filología, erudición no muy recóndita pero extensa, y vuelta a la angustia y a la contradicción y al deseo de explicarse lo que para él no puede tener explicación.

Mientras no corrija sus postulados gnoseológicos absorbidos de manera tal vez inconsciente desde hace muchos años, mientras no se desintoxique de los prejuicios racionalistas acerca de los dogmas, ni abandone una crítica ya en decadencia, estará condenado a la neblina perpetua y lo que es peor, a la tendencia megalómana nietzscheana, que es el resultado de todo el proceso occidental ateo desde hace cuatro siglos. Porque como él no puede prescindir de lo divino, y por otra parte dentro de la inmanencia agnóstica es imposible encontrarlo con su carácter personal de ser justo, sabio y eterno, solo se halla a sí mismo y se proclama Dios como el infeliz autor del *Ecce homo* y *Así hablaba Zaratustra*.

Y para que no se me tache de exagerado analizaré la parte fundamental del sistema lopezmesánico.

Toda su explicación de la historia humana se concreta en los cuatro diálogos del hombre,

con los que está muy encariñado, y aparecen de nuevo, casi con las mismas palabras de la célebre conferencia del Municipal.

Es una tragedia digna del teatro griego con su correspondiente Moria que arrebató a los mortales en una racha de ciegas venganzas. Lejos de mí negar a López de Mesa dotes de artista y tal vez su vocación no era la del filósofo sino la del poeta, porque confundió sus sueños con la vida. Es la tragedia de la ciudad terrena y sobre todo, de un alma atormentada lo que aquí se nos revela en toda su poderosa desnudez lírica.

En el primer acto aparece Adán. "Dios es cruel, inexorable y la vindicta inflexible de los pueblos incultos aparece con todas sus atrocidades. El hombre debe sufrir porque ha pecado y permanece silencioso ante la divinidad".

Es de lamentar la endeble calidad de sus estudios bíblicos. Con un adarme de atención habría sorprendido en las Escrituras, a través de un lenguaje popular, saturado de simbolismos semíticos, la más profunda filosofía del amor,

che muove il sole e altre stelle.

Amor que prepara el más espléndido palacio a la criatura racional. Amor que la modela a su imagen y semejanza, Amor que la dota con los atavíos a que no podía aspirar naturalmente y la exalta por gracia hasta las cordilleras divinas.

Habría encontrado allí, que cuando el hombre quiso hacerse Dios por el orgullo, proclamando su independencia del Creador, El lo privó de aquellas dotes sobreañadidas a su naturaleza

por un despliegue de generosidad, pero no de la facultad de ser humana y naturalmente feliz si cumplía sus deberes esenciales. Habría encontrado allí, un instante después de la culpa, la promesa radiante de un Redentor. Y esta promesa va iluminando los caminos de la humanidad primitiva, porque no solo Israel sino todos los mortales pueden esperar una bienaventuranza eterna. Con qué placidez cerraban los ojos aquellos patriarcas antiguos esperando el día del Señor que ya los iluminaba con su gracia, porque las victorias de Cristo no se limitan al futuro sino abarcan el pasado en la presencia de Dios para quien solo existe un hoy perenne. Habría encontrado allí, que el perdón se ofrece a todos pero a nadie se impone, que el hombre puede libremente rechazarlo y por eso la humanidad se divide en dos ciudades antagónicas.

Por ninguna parte aparece la vindicta inflexible.

Viene el segundo acto: Job, el hombre herido sin culpa, toma cuentas a Dios y Dios largamente se defiende. "Hay algo éticamente monstruoso, dice el autor, en ese convenio de camaradas feudales de horca y cuchillo; Dios y Satanás juegan a pares y nones la virtud de Job y resuelven matar a diez personas inocentes, robarse once mil quinientas cabezas de ganado e incendiar predios y domicilios para probar la fidelidad y paciencia de un ser bondadoso, desprevenido y débil, juguete de azaroso capricho, demoníacamente inútil".

Tampoco en este acto rueda con fortuna el dramaturgo. La exégesis más rudimentaria pide tener en cuenta los atrevimientos de la poesía oriental con toda su dramatización popular y todos sus antropomorfismos destinados a gra-

bar en las mentes incultas, la doctrina de que fuera del pueblo de Dios, aun antes de la predicación universalista de Cristo, El tenía sus justos y escogidos. De que el problema del dolor no se soluciona en este mundo donde no hay entera justicia y de que Dios deja al malo, durante breve espacio, su libertad para atormentar al santo, que triunfa por la paciencia y la constancia. Job no es Francisco de Asís; es un gentil que no ha tenido todavía ante sus ojos al Hombre de dolores y llora para que le sea revelado el misterio de la angustia humana. La concepción grosera y primitiva adoptada por López de Mesa, de que el bueno ha de obtener su recompensa en esta vida, amenazaba perturbar las conciencias israelitas y Dios va revelando progresivamente en imágenes cada vez más claras y en diversos estilos proféticos, desde Isaac cargado con la leña del sacrificio hasta Isaías, al divino paciente que adoctrinará al mundo con estas palabras: "Fue menester que Cristo padeciese para entrar así en la gloria".

Pero quien no acepta una inmortalidad personal en la cual el justo recibe el ciento por uno, el burdo materialista que no comprende algo muy hondo de la idea cristiana, o sea, la solidaridad espiritual del género humano y la reversibilidad de méritos y que el inocente puede redimir al culpable, no entenderá absolutamente nada del libro de Job ni de ningún libro inspirado.

No impide Dios a los malvados torturar al santo en este mundo y así se cumplen altos y providenciales designios, como son el triunfo sobre los fuertes por medios débiles y flacos. No hay tal camaradería feudal, ni son nuevos los alegatos con Dios. Mucho antes de Job había entablado Moisés con el Omnipotente amargas polémicas en defensa de su pueblo, hasta el pun-

to de exclamar: "Si has de castigar a Israel bórrame más bien a mí del libro de la vida". Y antes de Moisés, Jacob luchó simbólicamente con la divinidad y "se mostró fuerte contra Dios".

El tercer acto es nobilísimo, dice López de Mesa. Se realilza entre Jesús y Yahwé. "Ni la ley del talión ni la teoría de la prueba salvan al hombre del dolor. Jesús defiende la pureza del inocente y las circunstancias pasionales de la mujer adúltera; se tiene en cuenta el arrepentimiento de Dimas, y la ignorancia es un atenuante".

¡Cuánta superficialidad irresponsable en tan pocas líneas! En un antiguo libro, el de Jonás, la pureza de doscientos mil niños inocentes aleja de Nínive el divino rayo. Lleno está el Antiguo Testamento de las misericordias de Dios. ¿No ha leído en el viejo libro de los Números, que "Yahwé es lento en airarse, rico en bondad, perdona la iniquidad y el pecado?" ¿No ha recorrido las ardientes páginas de Isaías donde se dice: "Olvidará una mujer a su pequeñuelo? ¿No tendrá piedad del fruto de sus entrañas? Pues aunque las madres olvidaran, yo no, porque os tengo escritos en las palmas de las manos". ¿Nunca tuvo en mientes la sentencia de Ezequiel: "Si el pecador se aparta de sus maldades y observa mis preceptos, vivirá y no morirá. No haré memoria de sus perversidades? ¿Tendré gusto en la muerte del pecador y no querré más bien que se convierta y viva?"

Jesús no transige con el pecado y el episodio de la adúltera se cierra con estas palabras: "Vete y no peques más". No quiso él mezclarse en la aplicación de leyes civiles y aunque sin derogarlas, denuncia la monstruosa injusticia entrañada en el hecho de que los adúlteros con-

denen a muerte a la adúltera, por un pecado cometido por ellos mil veces. En verdad con Cristo "apareció la benignidad y humanidad" de Dios Padre y los tesoros de su misericordia se volcaron sobre el planeta. Pero la iniciativa es de Dios desde toda la eternidad, aunque el hombre deba colaborar y recibir libremente la gracia de lo alto con su contribución de fe y amor, y existe en el plan redentor perfecta unidad desde el principio de la historia hasta el fin de los tiempos.

López de Mesa nos reserva los efectos más sorprendentes para el último acto. Dice así: "El diálogo futuro será grandioso y cuán bella aparece su próxima epifanía en medio de este caos. Será el diálogo de la exaltación del hombre cuya pálida génesis acabamos de ver. Los horrores del talión fueron sobrepasados por insólita crueldad y la prueba rebasó la resistencia del corazón y sucumbieron inocentes y justos, sin poder alcanzar el triunfo de la prueba, porque la prueba agobió al probado con el aniquilamiento de su vida y de su espíritu. Y la nueva alianza del reino de la gracia y del rescate, se rompió en el mundo y aparece cancelada en la crucifixión de las naciones, la orfandad de los inocentes y el destrozo imperativo de todas las virtudes. He aquí que el hambre y el dolor, la muerte y el pecado, se pasearon en un carro de triunfo ante la conciencia humillada del hombre. ¿Dónde está la redención? ¿Qué queda de la prueba tras la muerte del probado? ¿Dónde el talión igualitario siquiera?"

¿Qué primitivo y bajo concepto de la redención de Cristo! Para el profesor consiste en que no haya malvados, ni guerras, ni crueldades, ni sufra un inocente y el mundo vaya ascendiendo cada día en felicidad terrenal. Pues recuerde

que después del diálogo de Cristo, hubo emperadores romanos cruelísimos y sacrificio de innumerables inocentes; hubo guerras en oriente y en occidente y las hordas bárbaras se pasearon por Europa y el norte de Africa y los musulmanes saquearon la península ibérica sin contar las guerras de cien años y de treinta ni la revolución francesa.

Es decir, existieron desde Cristo hasta hoy las mismas razones para declarar cancelado y caduco el pacto de la gracia y del rescate; y si hoy es más amplio el castigo, no se trata de calidad sino de extensión. Con solo un inocente sacrificado, habría los mismos motivos que presenta como nuevos López de Mesa para descartar en 1945 la redención de Cristo.

El ignora que los bienes y males temporales, por voluntad de Dios, son comunes a buenos y a malos, a fin de que no se busquen con demasiado ardor unos bienes que se ven igualmente en manos del impío, y que no se huyan como vergüenza, males que de ordinario abruman también a los buenos. El justo y el malvado no guardan empero la misma actitud en presencia de la desgracia, pero el virtuoso igual que el perverso no está resguardado contra el infortunio. Bajo la acción del mismo fuego, el oro resplandece y la escoria humea. La misma violencia desencadenada que prueba, purifica y exalta a los buenos, arruina y anonada a los pecadores; por eso, en la misma aflicción, los malos blasfeman y los justos oran y bendicen. No importa sufrir; importa el valor de quien padece; el viento que pasa por el fango y desprende un hedor infecto, sacude igualmente los jardines en flor para esparcir fragancias exquisitas.

Como se ve, la doctrina de Agustín, no envejece, antes gana en actualidad.

“¿Qué queda de la prueba tras de la muerte del probado?”, añade el profesor. Solo es lícito al más grosero materialismo hacer esta pregunta. Queda lo mejor del hombre que es su alma espiritual e inmortal; quedan también los residuos de un cuerpo que la misma divina omnipotencia creadora del mundo resucitará inmortal y resplandeciente.

Pero como las naciones en cuanto tales, no consiguen puesto en la eternidad, se impone una elevación por sus virtudes y una decadencia y castigo por sus vicios. Castigo y recompensa colectiva, sin necesidad de intervenciones milagrosas, por medio de los mismos hombres, unas veces malvados, otras rectos y justicieros, pero todos, sin detrimento de su libertad, dependientes de la providencia divina. No vemos en ocasiones la razón del castigo, porque en un punto mínimo del tiempo ignoramos las causas secretas y remotas así como los efectos a larga distancia.

“¿En qué han pecado las naciones?”, pregunta el autor, en presencia de la guerra actual. Más bien podríamos decir, ¿en qué no han delinquido? Tanto las victoriosas como las vencidas, sufren las consecuencia de su historia de cuatro siglos. La apostasía colectiva de los intelectuales y de las masas es un pecado contra la luz. La supresión de la natalidad, el separar por el divorcio lo que Dios ha unido, los vicios abominables de los grandes centros urbanos, las blasfemias y la guerra contra el Señor y contra su Cristo, bien merecen este horrible flagelo, que como de Dios, es paternal y se endereza a la conversión de los pueblos.

López de Mesa continúa impertérrito que se impone un nuevo diálogo entre Dios y el hombre y Dios debe dar al mundo una nueva explicación.

¿Por qué? Por causa de los progresos científicos. "El hombre, añade copiándose a sí mismo, se yergue ante el cosmos, sondea en su intimidad, marcha con la luz y golpea con el rayo, cose las constelaciones con el hilo de su mente y recoge en un segundo la eternidad de las edades pretéritas".

Pues a pesar de tantas lindezas, hay guerras, hambre, odios y maldades. La consecuencia lógica sería que la ciencia no redime al hombre ni lo hace mejor. Pues no; para el autor, la conclusión es que el hombre debe reemplazar a Dios.

Sobra decir que López de Mesa no se ha erguido ante el cosmos, ni golpeado con el rayo, ni ha cosido absolutamente nada. Lo único que ha hecho es advertir que las constelaciones estaban cosidas por leyes anteriores a López de Mesa, superiores a López de Mesa y que la penetración de esas leyes le permite poner en el tejado de su casa un modesto pararrayos para dominar dichas leyes con el único medio posible, que es sujetarse a ellas con estricta obediencia.

En fin, se impone un nuevo diálogo y rendición distinta. ¿"Pero de dónde surgirá la voz que la anuncie"? pregunta con cierta malicia. Pues claro que de la sabana de Bogotá. Por sí o por no, López de Mesa exige la presencia de un Dios personal que venga a platicar con él y lo amenaza con estas textuales palabras: "Si hoy se oculta, oculto quedará para siempre; si

hoy no responde, el hombre tomará sobre sus propios hombros su destino”.

En otros términos: Yo Luis López de Mesa, doctor en filosofía *honoris causa* por la Universidad de Antioquia, después de prolijas, meditaciones de cincuenta años, anuncio una alianza nueva y una edad de oro, en la cual “anden las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero en trenza y en cabello”. Como Dios, no obstante mis requerimientos, tarda en presentarse, tomo sobre mis hombros el incomparable trabajo de redimir al mundo a pesar de mi genio placentero, un tantico epicúreo y amigo de la *sofrosyne*.

No desde el Sinaí, no desde el monte de las bienaventuranzas, declarados hoy en quiebra, sino desde la plazuela de Bavaria, promulgo los nuevos mandamientos que han de iluminar por dos mil años las generaciones.

Y no se crea que exagero lo más mínimo. Ahí están con todas sus letras los mandamientos del profesor que han de reemplazar el decálogo y al sermón de la montaña. Son por fortuna breves y sencillos. Dicen así:

- 1° — Serás leal contigo mismo.
- 2° — No engañarás dolosamente al prójimo ni de palabra ni de obra.
- 3° — Serás altruista y darás lo que tengas abundantemente.
- 4° — Respetarás, animarás, querrás y servirás al prójimo.

Yo, francamente los encuentro poco originales y no valía la pena de encaramarse en el trípode para repetir cosa tan sabida.

Pero si no existe un Dios personal, justo, santo y vengador del orden moral impreso en la naturaleza, ¿por qué razón he de ser altruísta cuando va contra mi propio interés? ¿Por qué amar al prójimo, si no sé si el mundo es una monstruosa ilusión como dice López de Mesa?

Si todo es dudoso y vacío y estéril, si todo seguirá su marcha inexorablemente en un juego de ocultos y perversos demiurgos, ¿por qué debo sacrificarme por mi patria y por los míos y no más bien gozar de todo lo que se me presente como agradable? ¿No soy Dios? Todos mis actos, ¿no son divinos? ¿Puede un Dios pecar o hacer el mal? El señor Hitler, parte de la divinidad, no pudo hacer mal a nadie ni ser justamente condenado.

No, no es la tragedia de la ciudad de Dios, sino de un mundo agnóstico, utilitario, escéptico, egoísta y pecador contra la luz, la que se describe en las páginas angustiadas del profesor antioqueño. Es el drama interior de un hombre que creyó en la religión del progreso total por medio de la ciencia y de los pactos internacionales con prescindencia de Cristo y del orden religioso establecido por Dios, y al verlo deshacerse en llamas, clama como un desafortunado en mitad del incendio, que él es Dios y que todo es Dios.

Y este es precisamente el profesor que acusa a la Iglesia de prohijar el absurdo como sistema sin acordarse de que es la única religión que tiene una apologética, o sea una justificación de la fe por la razón humana y que en sus declaraciones oficiales no admite por principio una contradicción entre la razón y la fe.

Al comentar la frase de Tertuliano: *Credo quia absurdum*, creo porque es absurdo, se sien-

te en sus glorias como si hubiera encontrado la clave de la fe.

Dentro del contexto es clara la sentencia del célebre apologista y Bossuet, otro ignorante, la repitió con arrogancia, porque no es sino un reflejo de la sentencia paulina: "Lo necio de Dios es más sabio que la sabiduría humana".

Credo quia absurdum significa: lo creo, no porque sea absurdo en sí mismo, cosa que ningún cristiano puede decir so pena de no serlo, sino porque es absurdo para vosotros los prudentes y filósofos del siglo que medís a Dios por vuestros raseros mediocres.

Rechazamos como católicos cualquier absurdo y el primero y más enorme de todos, que la inteligencia infinita de Dios pueda ser penetrada y comprendida hasta lo más hondo de una cabeza humana, sea la sutil cabeza de don Luis López de Mesa.

EL PROFESOR Y SUS PERPLEJIDADES

Muy a la ligera, por desgracia, me vi forzado a exponer en dos artículos anteriores, la nueva síntesis filosófica del profesor López de Mesa, sin que se me pasara por el pensamiento, no ya ofender, pero ni siquiera poner en tela de juicio, el encumbrado ingenio de nuestro compatriota y mucho menos sus dotes de hablista, erudito y sociólogo, tan alabadas por todos. Para cualquier mediano escolástico, y ojalá fuera yo mediano, en esa brillante armadura intelectual existe un punto débil: la sinrazón de sus ideas generales acerca del hombre, del mundo y de Dios. Todo lo demás es digno de aplauso y admiración.

A título de adehala o de rebañadura, quisiera hoy examinar tres problemas que inquietan al pensador colombiano. El se muestra muy benévolo para con la cultura occidental, porque en ella creció y ha vivido; él es muy deferente para con nuestra religión, a la cual ha tributado grandes elogios, pero se encuentra perplejo al considerar "el callejón sin salida", según él lo llama, en que se ha metido la Santa Iglesia con el hecho de asegurar últimamente que Dios es infinito. Siente además viva compasión por el tomismo que agoniza por causa de su coalición con las desmedradas teorías científicas del medioevo, y por último le atribula el pensar que la ciencia positiva acabará por eliminar un Dios, del cual, a fin de cuentas, estábamos bastante satisfechos.

En definitiva, juzga que un cambio tan profundo, no podrá verificarse sin grandes trastornos, y procura colocar en el suelo un suave cojín metafísico, que amortigüe el inevitable trastrozo de nuestro mundo. Para esto, sin desdeñar las grandes síntesis, examina los más interesantes pormenores, hasta el punto, según se asegura, de recomendar a la juventud el consumo de la chirimoya, como fruta de innegables virtudes para el desarrollo intelectual.

Estos son los escrúpulos de conciencia que me asaltan, me desasosiegan y me incitan a escribir de nuevo para calmar las inquietudes de algunos espíritus asustadizos y si fuera posible, las del mismo profesor, o al menos que por mí no quede el que tan buen caballero no siga sufriendo los dolores de cabeza anejos al diagnóstico de nuestra enferma cultura.

A primera vista, el pesimismo se difunde por toda la superficie de sus escritos como una

capa de brea; pero en una lectura más atenta, se trasluce la satisfacción de las soluciones inéditas, y el gesto magnánimo del inventor al entregar sus recetas sin costas para las generaciones nuevas. Por este motivo, la triple alarma del doctor López de Mesa presenta un carácter desinteresado y epidérmico.

Esta confortante filosofía tiene no sé qué aire de familia inconfundible, no solo con la de Mr. Wells, sino con la del propio orientalista Ernesto Renán en su *Avenir de la Science*. ¿Y quién podrá enrostrar con justicia al sereno poeta del "idilio galileo", una visión atrabiliaria de la vida, cuando cargado ya de años y de alifafes le quedaban arrestos para el jolgorio literario? Me lo imagino con los ojos cerrados a sus devotos ejercicios de evangelista profesional, olvidado de su vieja piedad sulpiciano, la sonrisa en los labios y la pluma en ristre, dibujando las escenas más que primaverales de su *Abadesa de Jouarre*, dignas de figurar entre las más picantes del *Decamerone*.

Sin curarse poco ni mucho de lo que más tarde pudiera decir Brunetière o el señor de Poincaré, revestido con la coraza de tres virtudes cuasi teologales, nos editó de nuevo, en dulce y armonioso lenguaje, la filosofía del devenir. El fue la encarnación de la fe, de la esperanza y de la caridad. ¿Y qué fe la suya tan firme en la ciencia positiva y en un mundo gobernado desde los laboratorios y centros filológicos! Qué esperanza, sin eclipses, en el porvenir de este pobre planeta, libre algún día de sotanas y de visiones sobrenaturales. Aunque a decir verdad, la más preciosa de sus virtudes, fue la caridad encendida hacia la especie humana, pero no la contemporánea, y este es un rasgo típico de la escuela, sino hacia la futura, convertida en Dios

por las embrujadas artes de la evolución ascendente. Las gentes de su tiempo no le merecían mucho respeto dada su estolidez y convivencia con fanáticos de todos los pelajes.

El apacible burgués que fue Mr. Renán, cerró hace muchos años plácidamente los ojos, con esta esperanza inquebrantable: "Estamos mal, pero la humanidad de 1944 será perfectamente feliz". Tenían razón, porque hoy día de nada nos podemos quejar.

Dulce y amable fe. Una vez admitido el dogma fundamental de que todo progresa espontánea e incansablemente como los hongos: religión, arte, ciencia, sociedad y filosofía; cuando creemos sin vacilaciones con esa fe robusta que ignora las montañas, en que si no somos dioses nuestros tataranietos sí lo serán; teniendo por seguro que el hombre del siglo XIX es forzosamente más culto, más honrado y más listo que el de la centuria anterior en que pululaban unos caballeros de poquísima educación llamados *sans culottes*, qué deliciosa languidez nos invade al leer, pinto el caso, un sistema nuevo de filosofía publicado por Ercilla en 1944. Ha de ser más profundo, sabio y primoroso que el de 1943.

Con este optimismo incrustado en lo más hondo de las vísceras, bien podía el viejo Renán entregarse a toda clase de licencias meramente especulativas, para desahogo de la bilis y alivio de la senectud.

Y conste que no le quito un adarme de mérito a esa fe, porque no es nada fácil. Debe pasar, según aseguran los místicos, por la noche oscura y hacer grandes esfuerzos para persuadirse de que Adolfo Hitler y el señor Stalin, delicadas flores de la humanidad contemporánea,

son exponentes más puros de nuestra estirpe que San Francisco de Asís, por el hecho incuestionable de haber nacido siete siglos después, o de que en materia de poesía, la de Neruda esconde más temblores metafísicos, como dicen ahora, que la de un desengañado gibelino, lo cual se ve con el solo cotejo de las fechas por el sencillo procedimiento cronológico.

Al evolucionista puro no le inquietan semejantes tropiezos. Su dogmática está por sobre toda experiencia, y con los ojos fijos en la "montaña mágica", exclama devotamente: "Creo, creo, en el progreso humano fatal; el hombre será Dios".

De donde se deduce, como lo hacía muy agradablemente Renán, que los escépticos y agnósticos no son ellos, sino los cristianos, por no acabar de digerir tanta evolución creadora.

Todo esto, parece digresión y no lo es. Viene de molde para explicarnos por qué al doctor López de Mesa, víctima de la intoxicación hegeliana, si bien por tener sistema propio no se le puede llamar hegeliano puro, le parecerá imposible la semejanza entre su filosofía y la de Heráclito.

Un pensador del siglo XX nada puede tener de común con el embrionario filósofo del siglo VI antes de Jesucristo. Toda esa prodigiosa construcción de la dialéctica evolucionista se vendría al suelo. Es como si a un japonés de ceta se le dijera que su emperador no desciende en línea directa de la diosa.

Ahora sí podemos entender la posición de López de Mesa con respecto al Dios de la Iglesia católica. Para él es evidente que la noción de Dios, hubo de comenzar por modo harto grose-

ro en la mente del primitivo. El sistema de los truenos gordos y de los meteoros coruscantes ha resultado hasta el momento el más aceptable. Despavorido el pobre cavernícola, empezó a adorar terribles divinidades esbozadas en peñascos disformes y en fetiches de roble. Solo con el andar de los siglos se fue depurando tan abominable engendro, hasta que el concilio Vaticano vino a condensar la idea, sin ningún antropomorfismo, en fórmulas rígidamente intelectuales.

Decir que quinientos años antes de Cristo, en el **Banquete** de Platón la buena de Diótima, y poco después Aristóteles, enunciaron la misma idea del Vaticano sobre un Dios eterno, inmenso, espiritual, infinito en inteligencia y voluntad, aunque la creación no apareciera muy claramente; aceptar por un momento que hace treinta y cinco siglos Moisés estampó la más alta y pura definición de Dios: "Yo soy el que es"; asegurar que la nación hebrea no aceptó monigotes sino por pura flaqueza diplomática y temporal con sus vecinos, y que en San Pablo y en San Agustín el concepto de Dios está absolutamente depurado, es provocar el vértigo en una mente evolucionista. Resultaría que la tal definición no fue resultado de un esfuerzo dialéctico de la especie, sino la misma eterna fe de Israel y de la Iglesia.

Otro dato inaceptable: Cierta filósofo lombiano de nuestros días, y profesor por más señas, juzga digna de examen la hipótesis de un Dios existente "en alguna parte del cosmos o metacosmos". Es decir, todo un intelectual se imagina al Creador como una especie de ídolo chino muy repantigado en alguna poltrona de la estratosfera. Con esto llegamos a la conclusión de que la idea de Dios, concebida muy altamente por la adivina de Mantinea, fuera de

las miserables categorías de tiempo y de espacio, ha degenerado lastimosamente y en vez de progresar regresa hasta el más grotesco antropomorfismo.

¿Cuál es, pues, el "callejón sin salida" en que se metió incautamente la Iglesia católica? Pues nada menos que aceptar en los últimos tiempos un Dios infinito, porque según las deducciones del doctor López de Mesa, no quedaría sitio en el mundo sino para Dios, y tendríamos las criaturas que salir por la tangente. Es decir, la idea de infinito, equivale para el profesor a la totalidad. El Estagirita, aunque antiguo, tuvo ya en cuenta una observación tan penetrante y respondió muy cuerdamente que para sumarse necesitan cantidades de la misma especie y que además, el ser de Dios contiene eminentemente todas las perfecciones de las criaturas, de tal manera que Dios más el universo hacen que haya más seres pero no más ser. Una comparación nos ayudará: suponiendo a don Julio Garavito en clase con varios bachilleres y sumando la ciencia matemática de nuestro sabio con la de sus alumnos, me imagino que no dará un resultado mayor, porque don Julio tenía en su mente la totalidad de los exiguos conocimientos de sus discípulos por modo más puro y simple, reducidos a principios superiores.

Examinemos un poco más este punto en el orden real y luego en el abstracto.

Toda suma consiste en la repetición de una unidad. ¿Hay un concepto perfectamente propio que equivalga adecuadamente al Infinito y al finito? Spinoza respondía que era el concepto de sustancia, otros acuden al de ser. Si aceptamos que el concepto de ser significa adecuada-

miente y con toda propiedad el infinito, habrá de buscarse otro para el de criatura o finito, porque es absolutamente claro que el infinito no es lo limitado, y si el infinito se llama ser, la criatura debe llamarse el no ser o la nada. Luego hablando con exactitud, una sola afirmación sería legítima: Dios es, el mundo no es. Pero entonces, Dios y el mundo no formarían dos seres, y Dios más el mundo sería el infinito más cero.

Pasemos a lo abstracto. Solamente elevándonos por los grados de una proporción a un concepto analógico, podemos encontrar la unidad capaz de representar a un mismo tiempo el finito y el infinito, Dios y el universo. Pero el nombre común es abstracto, y la escuela lo llama trascendental. ¿Qué inconveniente ofrece reunir bajo un solo nombre y en un solo concepto polivalente el infinito y lo limitado, con tal de que este concepto de ser prescindiera del modo concreto en que se realiza en cada caso e indique solamente la cualidad de diferir de la nada? Entonces, ¿a qué se reduce la suma del doctor López de Mesa? A no añadir el infinito cual existe realmente en concreto al finito realizado. En resumen: tal adición es inconcebible.

Lo que no se ve por ninguna parte es el "callejón sin salida". Porque si hubiera contradicción en la idea de un Dios infinito, esta habría existido y se habría echado de ver desde los tiempos remotos del Filósofo, y sin embargo a pesar de ella, la cultura eurasiática prosperó y realizó gestas impercederas. Y si tal paralogismo no existió antes, tampoco nos molesta hoy, puesto que la noción y la creencia son las mismas.

Por esta parte, me parece, podemos estar tranquilos en lo tocante al porvenir de la Iglesia católica, y agradecemos la solicitud.

Otra perplejidad. La escolástica se comprometió muy neciamente con la ciencia de su tiempo. Por su solidaridad con teorías anticuadas sobre el frío y el calor, los cuatro elementos y los humores, al derrumbarse el ingenio andamiaje científico de la edad media, arrastró en su caída a la vieja metafísica. Además, su concepción es estática y nunca entendió el movimiento ni la evolución.

Si hay algo que se parezca como un huevo a otro a la célebre **duración** bergsoniana, es la doctrina escolástica del movimiento, y sin necesidad de deprimir la inteligencia o cambiarla por el **élan vital**. Porque la potencia y el acto no son dos cosas. El acto no es sinónimo de forma estática, ni la potencia es sinónima de substrato inerte sobre el cual venga a aplicarse la forma como una tapadera sobre la vasija. Es desconocer el carácter esencialmente dinámico del acto y la potencia.

Revisemos rápidamente la tercera perplejidad. La ciencia positiva, representada por los astrónomos, matemáticos, profesores de biología y geólogos, acabará, según parece, con la necesidad de un ser trascendente al universo.

Esto sucedía en tiempos de Draper, quien puso de moda el conflicto entre la ciencia y la fe. Y en verdad parecía por esa época que el progreso de la ciencia inutilizaba todo recurso a Dios. Quedaban sin duda, aun en ese entonces, mil cosas inexplicadas en el mundo; pero los descubrimientos de cada día daban derecho a esperar que en tiempos no lejanos, los fenómenos

todos, aun los de la vida y el pensamiento, se dejarían reducir al juego de fuerzas puramente materiales.

Medio siglo ha pasado. La ciencia sigue registrando nuevos adelantos, cada vez más rápidos e importantes. De tiempo en tiempo los sabios experimentan la necesidad de reflexionar sobre su obra; de someter a la crítica sus métodos y resultados. Cada vez se afirma de manera más clara el carácter, en parte convencional, en todo caso esencialmente relativo y provisorio de las conclusiones científicas. Recordemos las teorías sobre la luz. Muchos han reconocido que el edificio científico, por grandioso que haya sido, no responde por sí mismo a las aspiraciones profundas de la inteligencia humana, ni menos a las necesidades del hombre. Se llegó a hablar de la **banqueroute de la science**.

No trato de probar la existencia de Dios por una especie de plebiscito organizado entre los sabios de nuestra época, porque éste problema no se decide por mayoría de votos, aunque se trate de grandes astrónomos y profesores de geología. Lo que pretendo es averiguar la dirección ideológica de los especialistas en las ciencias positivas, ya que, respetando muy ingenuamente los conocimientos botánicos, químicos y biológicos del doctor López de Mesa, no lo creo especialista en todo, pues hoy día es absolutamente imposible para cualquier hombre dominar los diversos y extensísimos predios científicos.

Roberto de Flers, miembro de la Academia de Ciencias de París y de la Academia francesa, hizo una sonadísima encuesta entre sus colegas los sabios, y publicó los resultados en **El Figaro**,

del cual era director. Puede consultarse a H. Dopp: *Le sentiment religieux et la science* en la *Revue des Questions scientifiques*, t. XCIII, 1928.

Allí figuraban matemáticos y astrónomos como H. Andoyer, profesor en la facultad de ciencias; G. André, químico, Paul Appell, matemático y profesor, D'Arsonvahl, médico y físico, Barrois, geólogo y profesor de la universidad de Lille, Pierre Bazy, cirujano, Bigourdan, astrónomo del observatorio de París, Emilio Borel, matemático, E. L. Bouvier, zoólogo y entomólogo, Mauricio de Broglie, físico, A. Dangeard, profesor de botánica en la facultad de ciencias de París, y otros muchos de cuyos nombres prefiero no acordarme. Todos estuvieron de acuerdo en que no existía el menor conflicto entre la religión y la ciencia, y como la existencia de un Dios trascendente es la verdad fundamental de toda religión, prácticamente afirmaron que la ciencia no tenía ninguna razón para negar al Creador. Algunos se mostraron muy afirmativos y hasta católicos.

Las estadísticas de Antonin Eymieen prueban que el 96% de los grandes iniciadores de las ciencias han sido creyentes. Si a esto se añade la encuesta similar del doctor Gladstone en la *Royal Society* de Londres, se verá que si la ciencia no nos prueba la existencia de Dios, porque para ello hay que recurrir a los principios de sentido común llamados de causalidad y de razón suficiente, y el sentido común no está muchas veces al alcance de los sabios, por lo menos no se opone a ella ni sigue en la actualidad una línea antirreligiosa.

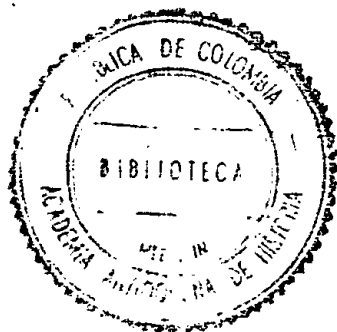
Pertenecen a la pontificia *Academia dei Nuovi Lincei* del Vaticano, hombres de ciencia

de todos los países, entre los cuales cinco o seis ganadores del premio Nobel. Todos ellos aceptan un Dios personal.

Y estos datos son de ayer. Mientras no se me presente una nueva encuesta como la de Roberto de Flers, seguiré creyendo que la ciencia contemporánea, lejos de negar a Dios, se encamina oscuramente hacia El.

HUMBERTO BRONX

COMENTARIOS A UNOS
ESCRITOS DEL PROFESOR
LOPEZ DE MESA



COMENTARIOS A UNOS ESCRITOS DEL PROFESOR LOPEZ DE MESA

Por Humberto Bronx

LA FILOSOFIA MODERNA

El conocimiento cierto y evidente de las cosas por sus causas superiores, adquirido por la luz natural, es tan antiguo como el hombre. Dotado éste por Dios de la facultad de conocer la verdad y del insaciable anhelo de adquirir tal conocimiento, tuvo que poner desde el principio en ejercicio sus potencias en busca de la ciencia. Pero las tinieblas que el politeísmo extendió por el mundo cegaron a la filosofía que empezó a vagar a tientas, aun cuando no faltaron genios colosales que conservaron en el mundo la noción de la filosofía, mas sin alcanzar de sus contemporáneos sino estéril admiración.

Dos únicas ramas, según el Tomasino, han existido en el mundo desde Pitágoras hasta hoy: la teista o espiritualista de las escuelas itálica, académica y peripatética y la atea o materialista de los cirenaicos epicúreos. Ambas ramas han tenido nombres y cultores y expositores diferentes, pero en esencia son lo mismo.

Actualmente hay una filosofía materialista y atea que se llama existencialismo, nombre nuevo para el materialismo y epicureísmo seculares. Los flamantes filósofos de ahora no tienen más originalidad que la del mismo nombre

y el refinamiento en sus placeres, proporcionado por el avance innegable y fantástico de las ciencias experimentales. Se ha dicho que el "existencialismo" es propiamente tendencia y no escuela. Existencialismo como confesión y síntesis doctrinal, es al que se alude aquí. Porque actualmente muchísimos pensadores orientan su filosofía hacia la profundización en la existencia individual personal. Por eso se habla de existencialistas cristianos como Pascal, G. Marcel y el mismo San Agustín.

Jesucristo fundó en el mundo la verdadera filosofía que apenas entrevieron los genios de Grecia y Roma. Su Evangelio encierra, con admirable e inimitable sencillez, toda la filosofía cristiana. Por eso aquellos espíritus soberbios que no gustan de leer y meditar el Evangelio, caen en errores tan absurdos y trasnochados. Lo que afirman hoy los filósofos anticristianos, lo afirmaron hace siglos, otros más inteligentes, más originales y con menos facilidades para el estudio y la investigación.

Los filósofos modernistas, ateos y materialistas, se burlan, con burla ignorante de la filosofía espiritualista; pero es porque están encadenados, porque no pueden volar, porque viven de la rutina secular y no logran avanzar sino en los refinamientos en que permanecen sumergidos.

Existencialismo, sensualismo, de Condillac o de Aristipo, epicureísmo, darwinismo, materialismo, etc. son nombres de una misma cosa. Estos filósofos materialistas y ateos apenas osan dar temblando algún paso que los aparte de los maestros seculares de su ateísmo y sensualismo. El panteísmo tan de algunos literatos y

escritores, con todos sus fundadores de siglos más o menos cercanos a los nuestros, es una pequeña modificación de la escuela eleática.

La filosofía moderna materialista ha perdido la noción de alma y por desentenderse del alma se dedica al cuerpo con todas sus fuerzas e instintos. Esta filosofía de la impureza, que no otra cosa es el existencialismo y todos sus congéneres, bajo el manto falaz de ciencia nos convierte en esclavos viles de instintos despóticos y se olvida que el hombre es racional y libre. Contra el positivismo que restringe nuestros poderes a los sentidos y al fenómeno, debemos recordar que nuestros problemas los podemos resolver por nuestra razón y no por nuestros sentidos. La verdad que es siempre absoluta se alcanza con la razón y no con los sentidos. Además, esta criatura racional es libre. No es pues la pobre víctima ciega de impulsos que no entiende y que no puede dominar.

A diferencia de los brutos que obran por necesidad y dirigidos por ciegos instintos, el hombre tiene, como don de Dios, una voluntad capaz de elegir entre lo bueno y lo malo. Y la libertad supone la existencia y el ejercicio de las dos más nobles facultades humanas; la voluntad en quien reside el libre albedrío y el entendimiento sin cuyas luces no somos capaces ni de elegir, ni de querer.

En ser libres nos diferenciamos esencialmente, al decir de Sto. Tomás, de los brutos irracionales que no son nunca dueños de sus acciones. Libertad tenemos para lo malo en el sentido de que nadie nos puede violentar la voluntad cuando determinamos perdernos; pero no que sea indiferente para Dios nuestro modo de proceder, o de que merezcan buenos y malos la

misma recompensa en esta y en la eterna vida. Tanto es así, que Dios, infinitamente libre por esencia no puede hacer el mal. Si la libertad, como otros filósofos piensan, se nos hubiera dado para que hiciésemos el mal, sería no presente de la magnificencia de Dios, sino dón funesto y mil veces aborrecible.

El estigma gravísimo de la filosofía pesimista moderna es la negación de la libertad y el predominio que da a lo material, al cuerpo, con sus inclinaciones perversas, sin que pueda resistirlas. Debido al predominio de esa filosofía que, en lo moral se llama hedonismo, hoy el mundo se encuentra en decadencia y este siglo cuya segunda mitad estamos viviendo, se ha caracterizado por tremendas y horrorosas convulsiones en todos los órdenes. El mismo asombroso adelanto de las ciencias experimentales, ha servido para sepultar al hombre en la abyección moral, porque se ha olvidado de sus inmortales destinos. Y cuando más agradablemente podría haber vivido con tantas conquistas materiales de la ciencia, se encuentra sumergido en lamentable y vergonzoso pesimismo que a muchos lleva a defender el fatalismo y a suprimir los ideales; y sin ideales el hombre no es creador.

Muchos filósofos modernos, y no pocos seguidores fatalistas de ciertas teorías filosóficas, no saben de dónde vienen, a dónde van ni por dónde se debe ir, que era el tormento de Jouffroy. Gracias al Evangelio que predicó Jesucristo y que debemos seguir, conocemos perfectamente nuestro punto de origen y nuestro término de destino y los medios para tender a ese fin. Con el Evangelio de Cristo se esclarece todo y da sentido a nuestro viaje penoso por la tierra porque venimos de Dios, a Dios vamos y el camino es la obediencia a sus mandamientos.

Hace dos milenios Cristo restauró con su doctrina celestial todas las cosas y con ella la filosofía. Por eso hasta un niño o un ignorante podrían enseñar a Platón la simplicidad esencial del alma; y demostrar a Aristóteles la no eternidad de la materia.

Por esto, librepensadores como Forgeot, han afirmado convencidos: "el catolicismo, la filosofía católica, desde hace dos mil años en casi todos los puntos del globo defiende la familia, el orden, el trabajo, la propiedad, es decir, todo lo que se opone lo más directamente a los principios destructores de anarquía, de odio, de bolchevismo.

La Iglesia Católica es la única internacional de consistencia y sus doctrinas son el faro que ilumina este triste mundo que amenazan sumergir los torrentes del vicio y de la ignorancia.

SECULARISMO

Se habla hoy de una teología humanística de las realidades terrenas. En la "Gaudium et Spes" (Gozo y esperanza) se ve un aprecio de las realidades terrenas. Pero hay otra teología humanística de las realidades terrenas que sigue la tendencia del cambio. Fueron precursores: Dietrich Bonhoeffer influido por la teología liberal protestante. Estuvo en una prisión nazi y allí leyó libros de Weizacker y esto produjo gran impresión en él. Escribió: "Cartas y Documentos de la Prisión", nombre con que fueron traducidas al inglés. Las mismas fueron traducidas en Estados Unidos con el título "Pri-

soner for God" (Prisionero por la causa de Dios) y en París con el título "Resistencia y Sumisión" *Resistance et Soumission*".

Luego Robinson, obispo anglicano, escribió un libro bastante peligroso, para quien no tenga firmeza de principios, titulado "Honest to God", con una tendencia pragmática al servicio del hombre. Se le opuso Cupens y luego Harvey en su obra "La ciudad secular". Estos autores tienen principios marxistas que influyeron tantísimo en la teología protestante. De teorías de esta clase han derivado errores como los que rechazan la oración, los sacramentos, y conducen fácilmente al ateísmo. De ahí que algunos sacerdotes se dediquen solamente a ser agentes del cambio social o al menos a interesarse sobremanera por este aspecto, privándolos de ser lo que deben ser: Hombres de la fe, de la Eucaristía, de los Sacramentos, de la Gracia.

Han preferido el catolicismo sociológico al Eucarístico haciendo entrar en crisis la Liturgia y llegando al llamado antropocentrismo o sea centralización en el hombre. Esto lleva a la idea del marxismo: Paraíso en la tierra: Promover el bien del prójimo y hacérselo, es el bien. Se ha afirmado: "El día en que los sacerdotes no tengan más que presentarle al mundo que programa político, económico y social, que nadie se extrañe de que el mundo les dé la espalda".

El secularismo es movimiento teológico y sociológico. Es supervaloración de la actividad humana; a través de ella el hombre se siente más autónomo. Secularización es la liberación de todo control de Dios y de la metafísica sin aceptar más que lo positivo, lo técnico, lo material.

Los autores lo presentan en formas diversas. Unos dicen que es un exceso de inmanencia contra un exceso de trascendencia. Carlos Rhaner dice que es progreso del mundo o del siglo hacia una autonomía mayor con un distanciamiento de la Iglesia como entidad social, hasta abandonarla. Otros dicen que es proceso por el cual, ideas, experiencias, conocimientos, vuelven al hombre un poco liberado de la moral y desprecia la fe.

EL 9 DE ABRIL DE 1948

“El Reajuste Histórico” es el título de varios artículos del doctor López de Mesa, publicados en “El Tiempo” de Bogotá. No hay duda que han sido escritos con espíritu patriótico y con pretensiones de servir de guiones a los conductores, sociólogos y legisladores del país.

Uno de esos artículos, al evocar la leyenda de Sísifo, le ha servido para establecer apreciaciones profundas sobre las grandes crisis de la civilización colombiana; cada medio siglo alcanza la cumbre de alguna excelsitud para desplomarse luego catastróficamente.

Pero resulta que el profesor, demasiado parcial por mil circunstancias, para hablar de la última crisis, la sitúa en un campo que no permite el ser aceptada sin restricciones.

Para hablar de ese derrumbamiento, de ese turbión de pasiones desbordadas, de impiedad perseguidora, aun cuando momentánea, hace falta vivir todavía muchos años. Porque, como le ha pasado al profesor, su mentalidad políti-

ca lo ha ofuscado y ha visto las cosas a través de un cristal que le ha prestado luces, contrastes y efectos falsos y equivocados.

Decir que el último acto del drama histórico colombiano estuvo precedido por bonanza y orden en la vida social y oficial de los colombianos, es taparse los ojos, porque él los tenía demasiado abiertos entonces y muchos años antes.... Y muchos años antes se inició y al profesor le tocó ser maestro, una escuela sistemáticamente organizada con el fin de pervertir la mente de las generaciones jóvenes de la república. En ningún campo fue más organizada y sostenida la lucha por cambiar la "mentalidad humanística", desquiciar la "potencia moral" y acabar con la "cordura", la "democracia" y la "justicia" que en el de la educación.

Mucho ha inquietado mi discernimiento el que este acto del drama histórico que analiza el profesor López de Mesa con parcialidad manifiesta y con sectarismo encubierto, fue producido después de 15 años de laicismo perseverante, en todos los órdenes: oficial, educativo, moral, judicial, etc. del pueblo colombiano. El, claro está, no hace alusión a esto porque su mente de filosofante lo sitúa en un campo distanciado inmensamente del campo de la filosofía católica. Y su escepticismo religioso, o mejor, su agnosticismo práctico, hace que no sean acertados sus decires, para un país religioso y católico, como el nuestro.

Envenenar el alma de la juventud, fomentar y promover, con fines políticos la insurgencia del obrerismo urbano, proponerse por sistema, en un país católico olvidar oficialmente los deberes religiosos, aún de simple cortesía; permitir y también fomentar la entrada al país de

numerosos pastores protestantes y de profesores anticatólicos, etc., no es ni mucho menos lo que constituye la decantada "bonanza" y orden en la vida social y oficial de los colombianos.

Y desde luego, sin hacer alusión a cuestiones meramente políticas y de administración, que mucho contribuyeron a preparar y hacer posible el colapso catastrófico de que hablamos.

Para un hombre como el doctor López de Mesa que ha hecho gala, aun cuando imprudentemente, de filosofante, no es conveniente juzgar una crisis histórica tan reciente, teniendo en cuenta únicamente el presente y todavía más grave echar sobre las espaldas de cuatro personalidades, toda esa montaña de responsabilidades.

Ante el filósofo, los hechos históricos cobran significación muy profunda que se hunde en las generaciones, en los errores y en los hechos equivocados del pasado.

Tampoco debió haber olvidado el profesor López de Mesa que Carlos Torres, tal vez el mejor dotado y más capacitado para el análisis sociológico de la historia colombiana, escribió con certeza comprobada: la intensidad de las revoluciones está en razón directa de la bondad del gobernante a quien se le hacen; e inversa de los agravios que haya recibido el pueblo que las hace.

"En Colombia, las tres guerras más sangrientas (yo añadiría después de 1946, las cuatro) más largas y más populares, se le hicieron precisamente a 4 de los magistrados más respetuosos de la ley y deferentes a la opinión: los señores Mariano Ospina R., Aquileo Parra, Manuel Sanclemente y Mariano Ospina Pérez.

Y continúa el gran pensador: "El autoritarismo y la intolerancia son para la multitud sentimientos muy claros que comprende y practica y acepta cuando hay quien se los impone; respetuosa de la fuerza, desdeña la bondad que no es a sus ojos sino una forma de debilidad. Simpatiza con el amo que la enfrena; y si aplasta al déspota caído no es por serlo, sino porque su fuerza perdida entra ya en la categoría de los débiles a quienes se desprecia porque no se teme....

"Cómo fue posible que toda la nación se hundiera por el error de conducción o de ambición o de juicio de cuatro personas entre Millones? Otra explicación no cabe sino la de que el centro de gravedad de la cultura colombiana está muy alto y es inestable por ende, como un barco que lo tuviese en la cubierta o puente superior y no en la quilla".... Estos interrogantes que hace el doctor López de Mesa tienen esta respuesta, a mi parecer, descartando desde luego el agravio que se quiere hacer equivocada y únicamente a cuatro grandes personalidades: el centro de gravedad de la cultura colombiana, dada su raigambre profundamente católica en los órdenes religioso, cultural, político, filosófico, etc., está precisamente en el respeto también profundo a ese catolicismo en todos esos órdenes. Por manera que siempre que en Colombia se ha pretendido desquiciar ese basamento y cambiar el centro de gravedad de manera persistente, ha bamboleado el edificio como a impulsos de gran terremoto. Pero se ha salvado y no ha quedado definitivamente convertido en escombros, porque la roca en que ha levantado su edificio, la nación es fuerte e incommovible.

EL PROFESOR LOPEZ DE MESA Y LA LIMITACION DE LA FAMILIA

Que debe estimularse la procreación limitada fue tesis sostenida por el doctor López de Mesa en uno de los artículos de "El Tiempo". Y fueron sus frases: "la civilización contemporánea estimula y aun impone ineludiblemente la procreación limitada al mínimum en las clases cultas y adineradas".

Al doctor lo deslumbran las teorías neomalтусianas y como conoce mucho las instituciones del "birth — control" y del "Planned — Parenthood" de los países sajones y Europeos y mira las cosas desde su punto de vista médico y materialista, no siente rubor intelectual en recomendar una práctica condenada repetidas veces por la Iglesia y que ha merecido rechazo claro y reciente de S. S. Pío XII.

Para el católico, concededor de la moral evangélica, la norma es apodietica: castidad absoluta en el célibe y dentro del matrimonio, nada que artificialmente pueda impedir la vida que puede venir. San Agustín, desde el siglo V, condenó de manera incisiva y vehemente los matrimonios cómodos de placeres sin cargas, basados en prácticas antinaturales que limitan el desarrollo de la humanidad por medio de la violencia moral. Y les dijo a esos esposos: "o ella es en cierto modo meretriz de su marido, o él adúltero de su mujer"....

El doctor asegura que, de acuerdo con sus estudios y observaciones, Colombia no puede albergar más de 25 millones de habitantes y que esa cifra tendrá a fines de este siglo. Los cálculos le fallan al profesor o él en sus consultas y estudios falló. Porque, Antioquia sola es capaz de albergar 25 millones de habitantes, si todos los factores favorecedores siguen el ritmo de ahora y aún mayor: producción, industrialización, fácil comercio, etc. El implantamiento y generalización de las prácticas neomaltusianas podría tornarse para nosotros tremendamente deletéreo, como lo ha sido para Francia, para Bélgica y otros países europeos.

En estos dos países creyeron estas predicciones pesimistas del malthusianismo y hubo varias épocas en las cuales fue mayor el número de sepulcros que el de cunas. Y mientras Hitler estimulaba la procreación con fines guerreros, el ejército francés tenía que acudir a muchos miles de hombres mayores de 45 años. Cuando el nazismo invadió a Francia y le infligió la más vergonzosa de las derrotas, en menos de un mes, dicen los que vieron, que daba lástima y bochorno inmensos, ver desfilar el ejército francés compuesto, en casi su mayoría, de hombres maduros y sobreexcitados por los placeres inconsecuentes. El héroe de Verdún les dijo estas palabras que cayeron sobre la nación como lluvia de plomo incandescente: **"Franceses; perdimos la guerra porque no nos disteis hijos"....** Tal vez la dureza y la franqueza de esa frase, pronunciada en instantes tan humillantes para la nación, contribuyeron a las injusticias espantosas cometidas con Petain.

El profesor López de Mesa olvida que si las teorías de Malthus las tomamos en serio y las

aplicamos hacia atrás, a través de los siglos, llegamos a que, en tiempos del imperio romano la tierra ya no tenía habitantes. Y si sus cálculos, de 25 millones de habitantes para Colombia los tomamos en serio, todas las instituciones de progreso de Colombia tendrían que reducirse a la mitad. El molino de Dios muele despacio, pero muele muy bien. Quién sabe si los niños tan frecuentemente débiles de las clases cultas y adineradas no son fruto de actos incompletos o si la naturaleza ultrajada y más o menos frustrada, parece impotente para formar seres perfectos.

El cientifismo moderno, preconizado por médicos y sociólogos que desnaturalizan la verdad científica y la experiencia de los siglos, hace inmenso mal. Por eso es necesario combatirlo a todas luces como una plaga social, como una infracción a la ley divina, como un atentado a las más elementales reglas de la fisiología.

Es tesis de los mejores ginecólogos (Desplants, Salabad, Tranquilini) que las pregnaciones numerosas ejercen sobre la madre una acción estimulante saludable en la cual se perfecciona fisiológicamente la evolución de la mujer; se aumentan de manera admirable sus energías morales, se vencen numerosas afecciones nerviosas y el carácter femenino se hace más firme y más animoso y constante para soportar peligros y vencer dificultades. Desplants llama a esta acción, "opoterapia total". Una experiencia de muchísimos siglos, prueba hasta la saciedad y lo atestiguan los médicos, que las pregnaciones numerosas, inclusive anuales, no ofrecen peligro de ninguna clase ni para la madre ni para los hijos.

Los argumentos, tan manoseados por los neomaltusianos y que repite el doctor López de Mesa, sobre la estadística y la progresión de la población mundial, inclusive colombiana, son mesianismos, fruto de un histerismo ridículo, porque muy fácilmente se enuncian dos o tres guarismos equivocados, destinados adrede a provocar terror apocalíptico, como sucedió con Malthus.

La capacidad de la tierra en general y de Colombia, de acuerdo con estudios realistas y conscientes de verdaderos científicos, se ha calculado para albergar millones y millones de hombres, porque, en su mayoría es virgen todavía. Basta saber que en Estados Unidos, hace cien años no recogían ni en treinta años las cosechas que hoy recogen en meses. Lo mismo pasa con la república de Colombia, en menor escala. La tecnificación de la agricultura, si sigue un ritmo cada día más creciente todavía, promete cuadruplicar, para dentro de 10 años, la producción actual de alimentos. La industria colombiana, en los últimos quince años ha tenido un ascenso vertiginoso que, si se abren nuevos mercados, inclusive mundiales o por lo menos suramericanos, puede ocupar, dentro de otros quince años, el triple y el cuádruplo de obreros.

Hablar pues de limitación de la familia al *mínimum*, en lugar de hablar de la necesidad de tecnificar la agricultura cada día más; de multiplicar las escuelas de agronomía, de fomentar y promover colonizaciones tecnificadas, etc., resulta bueno para impresionismos e histerismos populares, pero no para estar de acuerdo con la realidad.

El profesor López de Mesa ignora tristemente, al lanzar su peregrina teoría de que Co-

lombia no puede albergar más de 25 millones, que pensar en hacer desarrollo industrial en América Latina con una población decreciente y en proceso de envejecimiento, es ilógico y anticientífico. Cómo puede hablarse al mismo tiempo de integración latinoamericana, de grandes empresas multinacionales para mercados amplios, si estamos destruyendo a nuestro pueblo?

Y preguntamos: a quién le interesa que no haya desarrollo industrial? Cómo negar el carácter imperialista de la teoría del control exagerado de la natalidad, como lo predica el Profesor? Claramente se ve que ha leído con atención los libros y estadísticas manipuladas por los yanquis, con fines preconcebidos. El, como sociólogo, sabe muy bien que la Sociología es todavía acientífica, porque acostumbra trabajar con hipótesis extraídas de encuestas y estadísticas, a las que se les puede manejar a voluntad y con fines preconcebidos. Ese ha sido el caso preciso del mesianismo antinatal, tan perfecta y anticientíficamente presentado por las estadísticas de los yanquis, con el fin de provocar una disminución o al menos estancamiento de la población en el continente hispanoamericano. Estados Unidos teme lo que pueda sucederles a sus grandes negocios de toda clase, en América Latina, cuando éste continente tenga 600 millones. Y todavía más temen sus sociólogos, a un continente que puede albergar todavía más de mil millones, cómodamente, si la técnica agrícola y las colonizaciones de sus selvas ilimites, avanzan, como deben avanzar.

El Profesor López de Mesa olvida que la historia comprueba que el crecimiento demográfico está en función directa del desarrollo. Nadie pueda dudar de que Colombia, a pesar de sus limita-

ciones, ha adelantado sorpresiva y admirablemente, desde que está en crecimiento su población. Cuando los Estados Unidos iniciaron su período de desarrollo, como en la actualidad Colombia, (1750) crecían al tres por ciento con una tasa de natalidad del 55 por mil. El Control de los nacimientos, tal como lo aconseja López de Mesa repugna por antinatural, racista, clasista y también porque atenta contra el **Hombre** desconoce su teología del matrimonio y de la sexualidad. Esta facultad, en su función específica, está ordenada a la especie y no al individuo. Cuando esto último sucedé, lo debe haber estudiado en diversas civilizaciones el Profesor, comienzan a multiplicarse los vicios aberrantes, el amor antinatural, el homosexualismo y el lesbianismo.

Muchos científicos sociales independientes, no manipulados por el interés preconcebido de EE. UU., han dicho que en los países en desarrollo los mayores elementos dinamizantes de la inversión son el aumento de la población, la innovación técnica y la colonización. Que nos diga el Profesor López de Mesa y cualquier antinatalista exagerado: en una población estática, con tendencia al envejecimiento, resultado inmediato del control exagerado de nacimientos, dónde está la capacidad de innovación y la fuerte preocupación por colonizar los inmensos y todavía ilimitados espacios selváticos?

En América Latina "explosión demográfica" es concepto enteramente relativo, porque sólo puede referirse a la concentración urbana en ciertas ciudades y a la incapacidad de la clase dirigente para lograr políticas mayores de abastecimientos, vivienda, educación y salud... Los estudiosos dicen que en este fenómeno influyen

también: latifundismo urbano (concentración en pocos propietarios de centenares de miles o al menos muchísimos miles de varas cuadradas; centenares de casas o al menos muchas decenas, en unas pocas manos) y el monocultivo, propios del sistema capitalista descontrolado que todos los días provocan la concentración del ingreso y de la riqueza, mientras aumenta la pobreza de las mayorías analfabetas (campesinas y obreras urbanas).

El Profesor López de Mesa aduce como razón el hambre. Pero la historia demuestra que él no disminuye con el control natal exagerado. El Hambre, con mayúsculas, lo dicen muchos estudiosos e investigadores, está en función de la utilización de los medios de producción, de la tecnificación agrícola y de la distribución.

El Profesor López de Mesa, al lanzar como meta de la población colombiana meros 25 millones de habitantes, está en el campo de los pesimistas, mejor, en el grupo de los economistas yanquis, que ansían desesperadamente un frenazo brusco y violento al crecimiento de un Continente, que puede ser émulo suyo en día más o menos lejano. Tanto más lejano, cuanto más rápidamente logren la "sicosis de terror a varios hijos", con escritores como el Profesor. El crecimiento demográfico colombiano, que el Profesor denuncia como exagerado, es obra natural del desarrollo del país, que comienza a entrar de lleno en el concierto de países más fuertes.

Yo le he oído a expertos agrícolas que, solamente el Valle del Cauca, cultivado científicamente para producción de alimentos, abastecería sobradamente a Colombia, Ecuador y Venezuela. Será exageración? Tal vez. Pero indica

que con técnica creciente no debemos temer, con el terror con que teme el Profesor, un aumento todavía mayor de población.

No sabe el Profesor López de Mesa que, debido al exagerado control natal, en Uruguay, especialmente en Montevideo, hay más perros y pájaros que niños menores de 12 años? Y que ese país, está ya estancado en su desarrollo? Y no sabe que el Brasil desea mucho más, no obstante ser el país de más habitantes en Sur América? Y que sus gobernantes han querido lanzarse a grandes y enormes carreteras a través de sus selvas, para alcanzar una colonización gigantesca, porque aseguran que el solo Brasil, puede con tantos habitantes como Europa en la actualidad? Y que Méjico se duele de no haber podido impedir el despojo de parte de su territorio, porque no tenía suficiente número de habitantes?

La creciente natalidad fue factor que impulsó el capitalismo. Cómo puede pensarse en grandes fábricas, de veinte mil obreros (por ejemplo, Coltejer, Fabricato, etc.) si solamente nos contentamos con un país de 25 millones de habitantes? Esto es ingenuo. Se ha señalado como crisis la falta de más habitantes en Francia, Alemania, Suiza. Por qué? Porque tienen que importar mano de obra ya, con todas las consecuencias graves que eso implica.

Lo que debiera aconsejar el Profesor López de Mesa debería ser un avance, pero a fondo, en las leyes tributarias, sociales y de tenencia de la tierra, urgentes sobremanera en el actual momento de desarrollo del pueblo colombiano.

Finalmente: no pasa por la mente del Profesor la idea de que con esta "sicosis de terror a mu-

chos hijos", las clases altas y medias van a crear estas estadísticas y sistemas terroristas intelectuales, en que son expertos los yanquis, hasta entregarse a un control exagerado, mientras las clases pobres, que generalmente no creen en estos mesianismos al revés, no lo aceptarán? El resultado sería: creciente natalidad en las clases ignorantes y pobres, y decreciente en las altas y medias. Esto qué traería? Además; el aborto es un crimen, cuando no es espontáneo. Y en los países donde el control natal se impone, se multiplica también el aborto. Y este crimen, aun cuando el Profesor no lo crea, atrae tarde o temprano castigos de Dios.

La Colonización del Occidente Colombiano por los Antioqueños, habría sido realidad sin los hogares antioqueños numerosos? (normalmente 12, 14 y 18 hijos). La historia demuestra claramente que el desarrollo e industrialización del Valle del Aburrá, comenzaron simultáneamente con el crecimiento demográfico. Y mañana, seguramente, aun cuando el Profesor López de Mesa lo quiera ignorar, sucederá lo mismo con el Urabá, el Abibe, el Amazonas y quien sabe cuantos inmensos territorios más que, como un mar convidante lleno de misterios y de riquezas, espera la llegada de miles o millones de habitantes. Porque Colombia, contra lo que aconseja tan estultamente el Profesor, puede albergar no 25 millones sino cinco veces 25.

LA SISIFO AMERICANA

Cuando el ojo del entendimiento se encuentra oscurecido por la ignorancia religiosa incurre en graves y substanciales errores. Es lo que le ha pasado al doctor López de Mesa en alguno de sus artículos, al llamar católicos tridentinos a los que no obran como piensan y querer, con irritante interpretación, hacer alusiones a dos concilios de la Iglesia.

Querer encontrarle a determinado estado de desmoralización una causa teológica e histórico-religiosa con paralelo de concilios y aberraciones tan inconcebibles como las que enuncia en su artículo "La sísifo americana" resulta ridículo en un hombre que religiosamente y a través de sus pretensiones filosofantes ha profesado un escepticismo o mejor un agnosticismo religioso. Si un católico peca y comete un crimen, es obra de su mala voluntad, de la fuerza de las pasiones no reprimidas a tiempo, en una palabra, como saben hasta los niños de primeras letras en Colombia, obra de los tres enemigos del alma. Que el profesor encuentre ahora fácil "teologizar" sobre cuestiones tan elementales para decir sandeces y tan grandes con alusión a los Concilios de Nicea y de Trento, es obra de su ignorancia religiosa, de su mala preparación filosófica y de su desconocimiento del dogma católico.

Que el profesor busque raíces posibles a los males que han aquejado a la nación, por otros caminos más fáciles, más inteligibles, pero que

no siga por un camino tan propicio a la herejía, al error substancial.

La ignorancia es atrevida, es viejo dicho que cada día se comprueba. El doctor López de Mesa es sociólogo y escritor brillante, aun cuando alambicado y gongorista. Sabe mucho de medicina, de historia, etc., pero se muestra rudo al transitar por los campos de la filosofía y la teología. Siempre que ha intentado irrumpir por estos dos terrenos, ha caído en errores que provocan desdén, ya que no otra cosa, por ser un escéptico religioso.

Mejor le fuera analizar, aun cuando le resulte doloroso, un estado de cosas real y verdadero, como es el siguiente y que yo creo sea la fuente de su pesimismo radical para el momento que vivimos. Es un hecho psicológico normal y constante, aquí y en cualquier país, que el adulto no puede desentenderse de sus afecciones políticas al juzgar cuanto le rodea. Por el propio corazón se juzga el de los demás. Y el tedio, la angustia naturales que todo hombre siente cuando el partido político de sus simpatías se encuentra en el desierto de la oposición, se trasluce en las apreciaciones todas.

Y si no, obsérvese, por curiosidad, el espíritu de los escritores liberales y conservadores de Colombia en la actualidad, para que se vea el abismo apreciativo que los separa.

Mientras los escritores liberales, con hombres como Caballero Calderón, Juan Lozano, el escéptico Sanín Cano y el mismísimo López de Mesa emplean en sus comentarios de prensa un lenguaje de enervante y casi desesperado desencanto, los escritores conservadores usan un lenguaje optimista, eufórico y pleno de alegría, no

obstante muchas lacras que por ahí se ven, en el mapa geográfico del país.

Dejarse guiar, en las tareas del pensamiento, por el sentimiento y no por la inteligencia; es decir, darle preponderancia al corazón y no al cerebro, lleva a interpretaciones equivocadas, como las enunciadas en algunos apartes de los artículos del doctor López de Mesa. Yo me inclinaría a pensar que, tan quemante y radical pesimismo como el que muestra en sus escritos el profesor, es debido a que la herida producida en su alma por la caída del liberalismo del pináculo del poder; no sana tan fácilmente como se cree. Y lanzar dardos envenenados contra un Concilio como el de Trento, con desconcertante ignorancia de la historia religiosa de la humanidad, en los últimos cinco siglos, le resulta elegante al doctor, cuando muestra con ello avilantez y procacidad intelectual.

Un sociólogo que profundiza, busca raíces de los males; explicaciones a los hechos, con base en la realidad y teniendo en cuenta los hechos con sus circunstancias aun mínimas, anteriores, concomitantes y posteriores.

Con esa base, encontramos que el cristianismo formal que él llama de quita y pon, de ritos y reverencias que puedan tener privadamente algunos individuos, es consecuencia del laicismo entronizado por el partido liberal a lo largo de muchos años y del envenenamiento del pensamiento con teorías y doctrinas perniciosas como las de Freud y el psicoanálisis que niegan el pecado original y organizan todo un sistema filosófico para defender la culpa. Ya lo dijo el P. Restrepo Jaramillo; los antepasados pecaron como nosotros y en veces, más que nosotros; pero llamaron pecado al pecado y cuando cometieron ex-

cesos eróticos, estaban convencidos de que obraban mal. Hoy, en cambio, se peca y se levanta la cabeza con orgullo o con indiferencia que es peor.

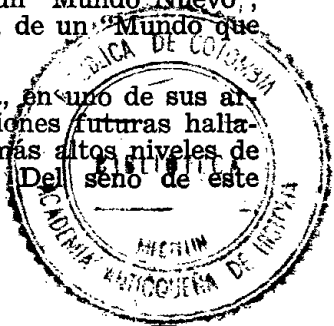
Lo que pasa es que el Profesor pertenece a la escuela equivocada de los que creen que basta la moral de "corporación", el cristianismo de "alcoba" y no mira bien que el Gobierno de un país católico, apostólico y romano, oficialmente y sin subterfugios, cobardías ni concesiones a la heterodoxia proclame su religiosidad y dé ejemplo a sus gobernados.

Contestará el doctor que el Estado, el Gobierno no rezan, ni se confiesan, ni comulgan, como dijo Castelar. Pero con Carrasquilla le responderíamos el sofisma. Entonces que ni el Estado ni el Gobierno tengan impuestos, fisco etc., porque ni el Estado, ni el Gobierno comen, beben o se visten. Que nos diga el Profesor qué sastre le hace los calzones al Estado que se llama Colombia.

"EL REAJUSTE HISTORICO Y EL FELIZ SIGLO XXI"

Después de tantas agonías y amarguras como ha sufrido el mundo, muchos, desde hace ya años vienen hablando de un "Mundo Nuevo", de una "Nueva Edad Media", de un "Mundo que nace".

El doctor López de Mesa, en uno de sus artículos dice que "las generaciones futuras hallarán el reajuste histórico en más altos niveles de bondad y de entendimiento. Del seno de este



caos mundial, al parecer apocalíptico, ya surgiendo un "mundo nuevo" de miríficas promesas para el hombre".

Esta hora de tinieblas en que viven los hombres tiene todos los caracteres de una tragedia colosal en el curso de la historia. Con razón habla Spengler de esta época como de una época decisiva: Berdiaeff de una "nueva edad media", período caótico en que se incuba el advenimiento de tremendos sucesos en los cuales la humanidad, o sacrifica esfuerzos de siglos o sale completamente depurada; Keisserling, de un mundo que nace.

El Padre Lombardi dice a este respecto: La humanidad de hoy ha perdido la confianza en todos sus guías. La única fuerza que puede aspirar a guiarla es la Iglesia Católica. Pero esto supone la humildad y la valentía de muchas revisiones en nuestra propia casa. Vivimos tiempos grandes, extremadamente hermosos, pero de inmensa responsabilidad para los hijos de Dios. La gran novedad es que el mundo de hoy, sin darse cuenta, se encuentra preparado como nunca para la doctrina evangélica, porque el fermento ideal exigido para el orden social que el mundo busca es la ideología cristiana. Por eso mismo estamos en vísperas de un "mundo nuevo" con un nuevo ordenamiento de cosas y con un más perfecto reinado de Cristo, al grado que la nueva edad se llamará la "Edad de Jesús"... Con nosotros está muriendo un ciclo de historia multiseccular, pero resurge otro, tanto mayor, cuanto más grande es Dios que el hombre.

Se trata de una hora especialísima en la que la predicación celeste de las cosas ultraterrenas, encuentra providencialmente preparado

al pueblo para recibirla, de modo particular, porque el hombre actual, aún el más aparentemente despreocupado de las cosas divinas, siente la necesidad de una luz suficiente de resolver los grandes problemas, que nadie ha podido resolver, después de cinco siglos de esfuerzos gigantescos de los talentos humanos por hacerlo. Y el hombre actual desconfía de todos los conductores terrenos y se muestra escéptico ante todos los organismos internacionales, no obstante sus esfuerzos gigantescos....

“El siglo XXI será feliz remanso del espíritu y tal vez el último cuarto del presente ya lo inicie. Y tengo la seguridad mental de que lo que acontece en Colombia es la adaptación a una nueva época”. Estas afirmaciones del doctor López de Mesa debieron ir unidas a un clamor grande y poderoso por el regreso a las tradiciones espiritualistas y católicas; si en verdad tiene la “seguridad mental” de que Colombia está adaptándose a una nueva época, de miríficas promesas para sus hombres.

No hay reajuste histórico posible si no haciendo que, a través de muchos años, las generaciones aprendan a vivir el Evangelio. Y no al margen del Evangelio como viven tantos, inclusive directores de la república e intelectuales y maestros. Vivir al margen del Evangelio no es un adelanto sino retroceso lamentable que nos lleva veinte siglos atrás. Basta observar, cómo a medida que se pierde amor a la Iglesia y se retrocede en las normas evangélicas, se va llegando a las cavernas del salvaje. Por qué? Porque donde terminan los dominios del Evangelio empieza el imperio de la barbarie.

Lo que dijo en sus artículos el doctor López de Mesa sobre el siglo XXI, que él quiso ha-

cer retroceder un poco, hasta el último cuarto de este agobiador en que vivimos, es la voz de todos los sociólogos y escritores de valor, desde hace ya muchos años. Pero cada uno expone las cosas a su manera.

Marejkwosky, por ejemplo, habla convencido de la Rusia Blanca que sí "quemará" a los europeos. Porque la forja divina que ha dejado llegar al rojo vivo a esta nación misteriosa, la hará blanca y vendrá una época nueva para la humanidad, con paz y con religión.

El regreso a 1.910 que pide, el doctor López de Mesa no es posible, precisamente porque vivimos una gran revolución que abarca todas las esferas de la cultura. Para tan grandes mutaciones necesitamos santos sacerdotes y laicos santos, aun cuando pueda parecer risible lo último en medio de una sociedad paganizada que únicamente piensa en el disfrute fácil y cómodo de los placeres terrenales.

Recordar que somos todos hombres de eternidad y que nuestros actos tienen trascendencia eterna. Vivir la vida del alma espiritual que es Dios en sus leyes practicadas perfectamente. Recordar que la tosca cubierta de materia que es nuestro cuerpo se va a podrir, tal vez muy pronto, en el oscuro hueco de la fosa. Pero tener presente a toda hora que, en cambio, arde en nosotros una chispa inmortal de lo infinito, nuestra alma inmortal que no cabe en esa fosa y quiera o no quiera el hombre, va a brillar de acuerdo con sus buenas obras en el cielo, o tendrá que arder en unos braseros que no se acaban. Dios dirá la última palabra en este mundo o en el otro.

El único reajuste histórico posible es vivir el Evangelio. De lo contrario, como ha sucedido siempre, la línea revolucionaria de lo humano contra lo divino llegará a la catástrofe.

CINCO SIGLOS DE REVOLUCION DEL HOMBRE CONTRA DIOS Y EL "MUNDO NUEVO"

La curva del pensamiento filosófico de los últimos tiempos nos muestra que el hombre ha estado desde hace cinco siglos en revolución contra Dios. La edad media culmina con la grandiosa síntesis teísta de Santo Tomás. Pero el hombre, creyéndose oprimido por la grandeza de Dios, levantó la bandera del "Humanismo" que, progresivamente llegó al mundanismo con su manía de hacer contrastar lo humano con lo sobrehumano. El "Renacimiento" no negó a Dios pero se desentendió de El. La reforma protestante lo llama casi a juicio sometiendo su revelación al privado arbitrio. El racionalismo avanzó más, arrojándolo del mundo y haciéndolo tan abstracto que no podía ocuparse de nosotros; con el idealismo, de hecho lo han convertido en criatura nuestra, mientras que con el positivismo y materialismo lo han simplemente negado.

El culmen especulativo en el descubrimiento del hombre como centro de la realidad está en Nietzsche con su terrible grito: "Dios ha muerto". El código supremo de la humanidad emancipada es para él la inversión de los valores; el apelo a juicios extramundanos es vileza; la potencialidad del hombre es la meta sonriente y el

“super - hombre”. Ya la revolución no podía subir contra lo divino en sus posiciones teóricas y agotado el movimiento vertical se lanza en sentido horizontal penetrando las masas; es la revolución humanista de nuestro siglo, hasta nuestros días, temible por sus proporciones sin precedentes.

Pues esta línea revolucionaria de lo humano contra lo divino va a la ruina porque el hombre es incapaz de gobernar lo que ha construído y én menos de medio siglo se ha visto envuelto en guerras colosales, en descomunales tragedias sociales, sin que al presente se vislumbre siquiera posibilidad de impedir nuevo catastrófico colapso. Resumiendo podemos decir que el pensamiento humano ha estado en estas vertientes:

1) Edad Mediá. En ella todo es sagrado: es-cultura, política, arte literatura etc. 2) Renaci-miento. Adolescencia del hombre moderno y re-descubrimiento del arte y los valores paganos. Del dinero y su capacidad de dar comodidades. Pero el pensamiento sigue siendo sagrado. 3) Re-forma Protestante. El pensamiento se libera de lo sagrado y se lanza al “libre examen”. Nada de imágenes, nada de Cristo visible. 4) Raciona-lismo. Niega la fe y acepta a Cristo como hombre pero no como Dios. Niega lo sobrenatural y acep-ta sólo lo razonable. 5) Desciende ese racionalis-mo hasta negar las ideas y acepta sólo la mate-ria. 6) Llega el marxismo y saca el ateísmo y el materialismo, que habían permanecido en los ce-náculos literarios, en ciertas cátedras y en cier-tos escritorios y lo lleva a la masa. 7) Nietzche predica el superhombre y anuncia la muerte de Dios). Sartre predica la náusea, la angustia y la duda. 9) Cristianismo sociológico. Intento de or-ganizar un cristianismo sin religión (fuera imá-

genes, misa frecuente, comunión, sacramentos, oración sacerdote ministerial, iglesia institucional, ritos, magias. Prácticamente un ateísmo, disfrazado de un cristianismo de solo nombre. Son ateos con un vacío que no quieren llenar.

Actualmente, lo ve cualquier amante de las lecturas de ultramar, sobresale una cultura existencialista, nauseabunda y pesimista. Y la conciencia de la debilidad humana se trasluce claramente en todas las manifestaciones del arte que siempre ha sido síntesis de lo mejor y más bello en la criatura y en el mundo. En el arte, en la cultura, en la poesía, en la escultura, en la arquitectura se nota esa humillación colectiva y universal del hombre contemporáneo, porque se encuentran en lastimosa y deplorable decadencia.

Pero Dios que está en los cielos prepara los acontecimientos de tal manera que, esta nueva época de la historia, es la época del rehallazgo de lo divino para salvar lo humano. Nuestra historia es una síntesis humano-divina que debe reconstruirse con los conceptos antiguos de la teología y no ser simplemente teistas ni simplemente humanistas, sino teistas porque queremos ser humanistas. Este Dios cercano a los hombres tiene un nombre, el más bello de todos y se llama JESUS. No el del rostro terrible sino el humilde y manso, que busca a los pecadores, para convertirlos y come con ellos.

Dios, en la época que comentamos, no ha necesitado de intervenciones positivas para humillar vergonzosamente al hombre; le ha bastado abandonar a su experiencia a los hombres para que la catástrofe repetida los indujera a buscar un Salvador. Es la pacífica venganza de Dios.

Entre el extremo de un liberalismo que mira inactivo la injusticia del egoísmo y el del comunismo, despertador de una exigencia de igualdad, pero destructor de la libertad, busca hoy el mundo la fórmula que salvaguarde a la par libertad y solidaridad; que castigue la injusticia sin caer en la opresión; que respete la propiedad privada y exija la colaboración. Esa fórmula salvadora existe desde hace veinte siglos y es el Evangelio con su núcleo esencial de caridad.

Los arquitectos de este "mundo nuevo" de esta "Edad de Jesús" son sacerdotes santos y santos laicos. La estructura externa del "Mundo Nuevo" en cierto modo debe ser también nueva. Instituciones que nacieron al influjo de circunstancias pasadas deben ser revisadas con franqueza y libertad, porque a veces carecen de objeto; otras, son menos útiles y hasta ridículas y nocivas. Considérese por ejemplo el cinematógrafo, fuente de envenenamiento de las masas, del cual estamos los católicos ausentes enteramente, en vez de construir el cine católico de la edad de Jesús. Hay multitud de obras e iniciativas católicas, pero se ignoran entre sí y a veces se obstaculizan mutuamente. Todo debido a un personalismo, a un individualismo enloquecedor, como si cada uno de los hombres quisiera unir al propio nombre a una obra especial.

Es necesario recoger, coordinar las fuerzas bajo directivas comunes. Es inútil engañarse: las fuerzas católicas se emplearán mal, mientras el individualismo excesivo las haga obrar con planes desligados sin directriz de conjunto.

Esta empresa, que tal vez llenará muchos siglos, debe tener una directiva suprema, el Papa, a quien toca establecer las grandes metas y las grandes directivas. En torno a él el gran Senado Religioso, los Cardenales y Congregaciones y un gran centro mundial de Acción Católica. Y no sería lejano concebir un Senado Mundial formado por laicos escogidísimos de todas las naciones para el estudio y discusión, en plano mundial del injerto de las doctrinas divinas en los problemas puramente terrestres.

La vida moderna ha empequeñecido de tal manera el mundo, unificándolo, que todo gran plan de acción tiene aspectos más que nacionales porque existe un solo mapa material y espiritual del género humano.

INDICE:

Prólogo	3
Baldomero Sanín Cano	
Rafael Maya	17
López de Mesa	
Silvio Villegas	35
Críticas al Profesor López de Mesa	
Francisco José González S. J.	47
Comentarios a unos escritos del	
Profesor López de Mesa	
Humberto Bronx	101



Editorial Granamérica Ltda.

Septiembre de 1973

